

maghenta
EDITORIAL

Milady

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición.

© María José Alenda, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-058/07
I.S.B.N.: 84-935490-1-0

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

Milady

MARÍA JOSÉ ALENDA

A mis padres.

*Gracias por vuestro amor,
y por acompañarme en mi corazón.*

Acababan de regresar de Viena de pasar un fin de semana con sus cuñados visitando aquella bonita ciudad. A Pilar le encantaba viajar y aunque a Luis no le agradaba en exceso, ya que si no iba por el bufete parecía que se iba a hundir, lo hacía por la relevancia social –creía él– que significaba viajar al extranjero.

Pilar y Elena eran felices juntas, se lo pasaban mejor que con sus respectivos maridos. Pilar siempre decía que Luis se había ido aburriendo con el paso de los años y que sólo disfrutaba trabajando, y a su cuñado le ocurría lo mismo.

A su regreso fueron a recoger a los niños a casa de sus suegros; los cuatro primos eran felices en casa de los abuelos. Luis, el único hijo de Pilar y Luis, y Rafael, el mayor de sus cuñados, al ser de la misma edad jugaban juntos y los otros dos más pequeños disfrutaban haciendo la guerra por su parte a los mayores al verse excluidos de sus juegos.

Cenaron todos juntos contando las anécdotas del viaje y los niños las batallas que habían organizado. Todo con bastante comedimiento, delante de su suegro ninguno se atrevía a levantar una voz más alta que otra. Era muy dictatorial y les llevaba a todos rectos.

Para Pilar, este había sido un viaje especialmente encantador; después de mucho tiempo, Luis había estado pendiente de ella y le había dado todos los caprichos que quería, cosa rara en él en los últimos tiempos.

Se quejaba de falta de atención por su parte, siempre estaba trabajando y no se ocupaba de los pequeños detalles. Hasta los fines de semana los pasaba trabajando; toda la familia se reunía los domingos en casa de sus suegros y cuando terminaban de comer se marchaba a trabajar al bufete o a su casa, y Pilar, con Luis hijo, se quedaba con el resto de la familia para pasar la tarde.

Aquellas reuniones le resultaban cada día más aburridas, sólo las conversaciones con su cuñada Elena la ayudaban a sobrellevarlas, era con la que más conectaba de la familia, aparte de con su suegra que era un encanto, pero la pobre estaba totalmente dominada por su marido y no se atrevía a hablar por miedo a molestarle.

Aquel domingo, el siguiente a su regreso de Viena, conversaban en un salón pequeño mientras tomaban café.

—Cada vez echo más de menos el vivir en nuestro piso de Madrid. Estoy un poco harta de chulé, del trabajo, de la familia... de todo. ¿Me creerías si te dijese que muchas veces pienso en coger la maleta y marcharme a una isla desierta sin pensar en nadie?

—Son malas épocas que se pasan Pilar –contestó Elena–, pero no te quejes, ahora vives mejor que nunca. Tienes de todo, tu empresa marcha estupendamente, el niño va bien en sus estudios y es un cielo, ¿qué más quieres?

—No, si no me quejo, pero no sé, tengo la sensación de que esto no marcha. Creo que éramos más felices cuando teníamos menos ingresos, salíamos con los amigos a tomar cerveza y bocadillos y hacíamos excursiones a cualquier parte —suspiró profundamente—. Ya sé que ahora vamos a Viena y sitios así, que comemos en buenos restaurantes; sin embargo, echo de menos la ilusión y la alegría, tengo la sensación de haber perdido algo en el camino y no sé qué es.

—Debe ser que estás entrando en la crisis de los cuarenta; yo también pasé hace dos años una mala época, acuérdate que hasta pensé en divorciarme de Rafael. ¡Imagínate qué locura!

Se echaron a reír despreocupadamente.

—A mí —dijo Pilar—, todavía me queda bastante para llegar a los cuarenta, no me echés más años de los que tengo, que no son pocos.

—Te quejas de vicio, quizá tu vida familiar no sea apasionante, pero por lo menos tienes tu trabajo y, no me negarás que lo pasas divinamente trabajando con tus socios. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo.

—Tú hiciste una locura, estudiar una carrera para luego fregar, no es la situación más ideal.

—Ya sé que hice mal, pero mi padre se empeñó en que dejase de trabajar y la verdad es que a Rafael no le hubiese importado, pero papá se puso frenético: una hija suya casada y trabajando. Lo que me admira es cómo conseguiste salirte con la tuya.

—Está claro que es porque tu querido padre no tiene ningún ascendiente sobre mí, tú sabes bien la insistencia de Luis para que me quedase en casa, pero yo he tenido muy claro que mis padres no me habían pagado estudios con todo su esfuerzo para que yo no aprovechara la oportunidad. Aunque Luis gane más que yo, siempre he defendido mi independencia económica.

—De todas formas, tú vales mucho y también has tenido suerte, porque tus socios te adoran y están pendientes de ti. Muchas veces, cuando os veo juntos, pienso si a Enrique no le gustas un poco.

Pilar le miró muy seria.

—Ni en broma vuelvas a hacer un comentario semejante delante de mí, ni de nadie. Enrique es un buen amigo con el que me unen muchas cosas desde hace muchos años, igual que con Juan, pero él está felizmente casado, igual que yo, y estos comentarios son perjudiciales para todos.

Cuando Pilar tenía algo claro en la vida no se salía del camino que se había trazado bajo ningún concepto y aquellos comentarios insidiosos no los iba a permitir.

Al montar la sociedad entre los tres y aunque tenían siempre hacia ella alguna deferencia más cariñosa, el trato era el de tres compañeros y el trabajo lo repartían sin diferencias. Era una profesional competente y jamás había dado pie con su actitud ni con sus expresiones a que se pensase otra cosa distinta de ella.

—Perdona —contestó desviando la mirada—, hablaba por hablar, no quería ofenderte.

Y así hablando de sus cosas, jugando con los niños o paseando, transcurrían los fines de semana, salvo algún sábado que cenaban con amigos, casi siempre compañeros de bufete de Luis, ya que no le agradaban demasiado los socios de Pilar. Decía que eran *simplistas*, a lo que ella siempre le contestaba que sus compañeros «dejaban el cuello duro en la oficina».

El lunes se incorporó a la reunión de trabajo que tenían al empezar la semana para trazar los planes de trabajo, viajes, reuniones, etcétera. Le encantaba trabajar y disfrutaba casi más allí que en su casa, por lo menos Enrique y Juan se daban cuenta de si se había cortado el pelo o si estrenaba un vestido nuevo.

Saludó a Dora, la secretaria que tenían, que era un cielo de persona, y entró en la sala de reuniones.

—Hola, queridos, ¿cómo estáis?

—Bien, como siempre —contestaron al unísono.

—¿Cómo ha ido el fin de semana, Pilar? —preguntó Enrique.

—Más o menos como todos; el sábado salimos con los compañeros de Luis a cenar, luego se empeñaron en ir a bailar, lo cual me horroriza porque lo que menos hacemos es bailar y lo que más política de empresa, y ayer en casa de mis suegros, la reunión familiar de los domingos para mantenernos unidos como dice mi suegro.

—Tú le echas paciencia al tema de tu suegro —dijo Juan riéndose—, no sé cómo le resistes, el tío es un dictador. A mí ya me habría cansado.

—Lo hago principalmente por el niño; si no vamos, estamos en casa a discusión diaria y el que viviría un mal ambiente familiar sería Luis.

—No... si sé que tienes razón, lo ideal sería casarse sólo con la persona que quieres, lo malo es que lleva adjunta una familia.

Su amistad se antepone al trabajo al principio de las reuniones interesándose por sus vidas y haciendo acogedor el trabajar y después comenzaban con los temas profesionales.

A mediodía cuando volvían de comer, encontró a Luis esperándole a la puerta de la oficina dentro del coche.

—¿Pasa algo, Luis? —preguntó Pilar intranquila.

—No, pasaba por aquí y he venido a buscarte para tomar café juntos.

—¿Qué hay Luis?, ¡cuanto tiempo sin verte! Te vendes caro —le saludó Enrique.

—Sí ya sabes, ando siempre muy atareado con el bufete y tengo poco tiempo.

Con la delicadeza que le caracterizaba, Pilar se dirigió a sus amigos.

—¿Os importa que suba un poco más tarde? Tengo que aprovechar de mi marido los pocos momentos que me dedica.

—Te dedico los que puedo —contestó Luis secamente.

Bruscamente se metió en el coche sin darles tiempo a despedirse, dejándoles intranquilos ante aquel comportamiento inusual en él.

—¿Te parece que vayamos a El Pardo? —preguntó arrancando el coche—, tiene que estar agradable ahora en abril.

Asintió en silencio, extrañada de aquella reunión imprevista y en una cafetería. Luis no parecía alegre sino más bien todo lo contrario y no comprendía cómo, si estaba de mal humor, había ido a recogerle.

Iba sombrío, había tomado la decisión de hablar con su mujer y temía su reacción, aparte de que sentía una inmensa pena por ambos.

No comprendía cómo se había enredado la vida con aquella joven abogada que había ido al bufete a hacer trabajos esporádicos y ahora se encontraba con que estaba a punto de dar a luz y no sabía con quién quedarse, ni a quién dejar.

Anímicamente le apetecía más aquella chica joven, le hacía vivir de una forma distinta, más alegre y desenfadada, pero la verdad es que Pilar nunca le había dado ningún motivo para buscarse otra, todo lo contrario, era una mujer muy atractiva y cariñosa y sabía que muchos de sus compañeros y amigos le envidiaban por ella.

Llevaba la casa, su trabajo y al niño sin ningún problema, cuando habían tenido poco dinero, como ahora que vivían mejor, pero el diablo enredó, se le cruzó aquella muchacha y ahora no sabía qué hacer.

Esperaba encontrar apoyo en ella ya que era muy comprensiva y si arreglaba bien aquella situación, lo tendría más fácil con su padre al que temía más que a su propia mujer.

El día anterior había hablado con su hermana Elena, ella más que cuñada era amiga de Pilar, intentando involucrarla para que le ayudase, pero se había negado, le había insultado y no había querido saber nada del asunto apoyándole a él, sino todo lo contrario.

Se sentaron en la terraza y pidieron dos cafés. Luis, angustiado, no sabía por dónde empezar la conversación y Pilar cada vez sentía más un nudo en la boca del estómago. Sin saber por qué, su instinto femenino le decía que aquella conversación no iba a depararle nada bueno.

Pensaba si su marido tendría alguna enfermedad grave y no había querido hablarlo en casa para no alarmar al niño o si fuesen muy mal las cosas en el bufete y estarían en la ruina. No sabía lo que ocurría pero algo pasaba, eso cada vez estaba más claro.

—Pilar —comenzó con voz de ultratumba cogiendo su mano—, sé que esto que te voy a decir te va a doler mucho y no quisiera hacerte daño, pero tengo que decírtelo. Llevo meses intentando comenzar esta conversación y nunca sé por dónde hacerlo.

—Creo que llevamos muchos años juntos y que tenemos la suficiente confianza como para que me digas lo que quieras.

Lo dijo bajo, era lo que se esperaba que dijese, pero sólo quería escucharle decir que la quería, que estaba muy guapa, que seguía enamorado, pero no lo que iba a decirle, porque sus palabras indicaban que no le ocurría nada de lo que había temido en un principio.

—Nunca he tenido ninguna queja de ti en ningún sentido; eres, te lo digo de verdad, una mujer perfecta, pero creo que me he enamorado de otra persona.

«Ya está dicho, pensó Luis, puedo respirar tranquilo.»

Egoístamente lo que estaba haciendo era traspasar el problema a la persona que menos debía, pero confiaba que entre los dos pudieran resolver el problema.

Se quedó anonadada, aunque lo estaba esperando. Eso era lo que les pasaba desde hacía tanto tiempo: el fatídico desamor que había llegado a ellos, la falta de unión espiritual, la rutina.

Pero no había querido escuchar las voces que le decían a gritos que su marido había cambiado mucho, que no le trataba como antes, que tenía detalles como de tapadera, que cuando salían juntos era demasiado solícito y a solas demasiado despegado.

Había estado claro como el día, pero había hecho oídos sordos y se había autoconvencido de que eso le pasaba a casi todos los matrimonios, que era por los años que llevaban juntos, que estaban entrando en una edad madura, que Luis ya no les necesitaba tanto, que al vivir mejor se habían hecho más cómodos. Todo explicaciones vacías que no servían para nada.

Y lloró, lloró mucho, lloraron los dos juntos con las manos cogidas, transcurrió mucho tiempo, anocheció y seguían allí sin hablarse, sólo lloraban y pensaban que su vida ya no era de ellos. Sin saber qué hacer, ni qué decir.

Luis, indeciso y agobiado por el sufrimiento que veía en Pilar, sufría con ella; la quería mucho y había esperado egoístamente alguna decisión por su parte que no fuese llorar y no hablar y ahora no sabía cómo continuar. No se atrevía a contarle nada de la otra persona. Solamente esperaba.

A Pilar le sucedía lo mismo: ¿qué haría ahora con su vida? Casada desde hacía quince años, casi desde que era una niña. Al terminar sus estudios se casó, nació Luis y, en unos meses, fallecieron sus padres, se quedó sola con una familia lejana y la de su marido.

¿Y ahora qué iba a hacer ella? No podía pensar, le parecía que en vez de un corazón tenía un trapo seco y árido. Algunos momentos se quedaba algo más sosegada, intentaba razonar, pero cuando se le venía a la cabeza algún recuerdo o pensaba en su hijo, comenzaba a llorar otra vez con desconsuelo.

Su hijo, lo que más quería en este mundo; qué iba a ser de él viviendo con unos padres separados; él que era tan feliz con ellos, yendo juntos a todos los sitios y ahora: un fin de semana con uno, otro con otro, partido en dos como en el juicio de Salomón. ¡Dios mío!

No supieron el tiempo que transcurrió hasta que Pilar miró el reloj y al ver que eran las nueve de la noche, como un autómata y sin decir una palabra se levantó y fue hacia el coche. Luis la siguió.

Se encaminaron a casa sin mediar palabra. Por el camino se retocó el maquillaje para impedir que el niño notase que había estado llorando. Aún dentro de su dolor, su mente volaba a su hijo, intentando retrasar el pesar que sin duda le iban a producir.

Al llegar pronunció sus primeras palabras desde que escuchase a su marido decirle que no la quería.

—Por favor —dijo casi inaudiblemente—, recoge a Luis en casa de tu hermana o llámale, yo no puedo.

Luis no supo qué contestar ante aquellas únicas palabras que había pronunciado. «Y ahora, pensó, ¿cómo continuamos?..»

Al entrar en casa, el niño notó que algo no iba bien; pensó que sus padres se habrían enfadado, no era muy frecuente, pero no le dio mayor importancia.

Cenaron y se quedó solo viendo la televisión con su padre. Su madre pretextó que estaba cansada, aunque durante la cena había estado hablando normalmente, no tan dicharachera como acostumbraba, pero habían conversado de cosas cotidianas.

Al subir a acostarse, Luis no sabía qué hacer, conocía muy bien a Pilar y estaba convencido, aunque no lo hubiesen hablado, de que no iban a dormir juntos, pero desconocía lo que habría hecho ella.

Entró en el dormitorio con miedo y lo encontró vacío, supuso que estaría acostada en una habitación de invitados que tenían.

Aquella habitación era desoladora, parecía que dentro del dormitorio hubiese un iceberg: nunca había sentido tanto frío, ni tanto desconsuelo; se sintió huérfano de amor y en aquel mismo instante empezó a pesarle haber tomado aquella decisión que empezaba a presentir errónea.

Ninguno de los dos durmió aquella noche.

No podía pensar, nunca se le había pasado por la cabeza que su marido le iba a abandonar por otra mujer. Se llevaban muy bien, no es que hubiese un gran amor entre ellos, pensaba que eso sólo pasaba en las películas, pero era agradable, sin discusiones ni peleas, cediendo por no discutir en algunas cosas que no le agradaban en demasía, porque tampoco pedía imposibles.

Habían sido muy felices; se habían casado enamorados, como tantas parejas, y disfrutado con las pequeñas alegrías de la vida, pagando su piso, educando a su hijo, con las vacaciones, con los amigos. Una vida sin problemas.

Al morir sus padres se había adaptado a la familia de su marido y la consideraba como la suya propia. A Elena la quería como a una hermana y los demás le importaban menos, pero como tanta gente en la vida.

Durante su vida en común sólo habían pasado una etapa difícil cuando montó Luis su bufete y después de que le había ayudado en todo, cuando ella se quiso asociar con Juan y Enrique y montar su propia empresa, consideró que sería mejor que se quedase en casa, que él ganaba mucho dinero y que no hacía falta que trabajase.

No le había hecho caso, le gustaba ser independiente y, además, sabía que detrás de aquello estaba su suegro con su idea de que las mujeres no tenían que trabajar y con mano izquierda lo había conseguido sin mayores problemas.

Económicamente no tenían problemas, habían comprado un chalé cerca del de sus cuñados, cosa que le agradaba ya que se llevaban muy bien, y habían cerrado su piso de Madrid. Eso era lo que más le había costado, le gustaba vivir en el centro y consideraba que el chalé era un poco culpable de lo que les ocurría, ya que les había quitado tiempo y allí vivían los tres juntos y, sin embargo, solos.

La desesperación de Luis iba en aumento, no esperaba esa reacción absurda de su mujer, creía que iba a discutir, a gritar, no sabía cómo, pero que iba a reaccionar de otra forma. El silencio que se había interpuesto entre los dos era angustiante, no le había dado la oportunidad de hablarle, de contarle su problema, explicarle cómo se había enamorado de aquella chica, que estaba embarazada y a punto de dar a luz, que tenía un apartamento a donde iba a verla casi todos los días. Nada, no había podido decirle nada porque ella no había preguntado, era como si flotara por encima del problema, como si no fuese con ella, sólo lloraba y callaba.

Y él, que por su profesión tenía una oratoria brillante, se había quedado mudo y lo peor era que no sabía qué iba a acaecer ahora.

También estaba el niño, al que quería mucho; era un buen padre y no quería perderle; a la vez era consciente de que no iba a hacer nada para separarle de Pilar. No se merecía siquiera que lo intentara, aunque sabía que iba a tener que enfrentarse a su padre por ese motivo, pero se enfrentaría a él aunque le tenía miedo, porque no le iba a arrebatar al niño.

Lo que no quería era perder su cariño y estaba seguro de que no iban a enfrentarse duramente entre ellos para no hacerle sufrir.

Por la mañana desayunaron juntos, tenían los dos ojeras y no podían disimular que habían pasado una noche infernal. A solas, Pilar no le dirigía la palabra; se retiraba al pasar por su lado, le ignoraba totalmente. Delante de Luis se comportaron como todos los días.

Cuando el niño se marchó con sus primos al colegio consideró que tenía que intentar romper la barrera que había interpuesto entre los dos.

—¿Es que no piensas volver a hablarme en la vida, Pilar?

No le contestó, se limitó a mirarle de frente con aquellos ojos que tanto había amado y que hablaban por sí solos, enrojecidos y húmedos, haciéndole perder los nervios. La quería, la había querido tanto... ¿qué le ocurría? ¿Porqué tenía que romperse su unión?

—¡Te he dicho que me hables! –gritó–. No hagas como el avestruz.

—Luis –contestó en un susurro–, ahora me doy cuenta de que en muchas ocasiones me has traspasado tus problemas y yo los he recogido como míos, pero éste no lo es, ya no estamos juntos. Es tu problema, tú hablas, tú propones y tú lo arreglas o lo desarreglas, tú decides. Yo solamente hablaré cuando me interese decir algo, y ya te advierto que va a ser bien poco.

«Así que era eso, pensó Luis, no quiere ayudar a solucionarlo entre los dos como buenos amigos».

Se marchó enfurecido dando un fuerte portazo.

Al entrar en el despacho, Dora se dio cuenta de inmediato que le ocurría algo grave al saludar sombríamente, metiéndose directamente a trabajar, cosa que no era su costumbre.

Al cabo de un rato, y como no daba señales de vida, se lo comentó a Enrique que era el que estaba en la oficina, ya que Juan iba a estar toda la semana viajando.

—Perdona que te moleste, Enrique; Pilar ha venido hace bastante tiempo, tiene muy mala cara y no ha salido en toda la mañana de su despacho, sólo pide asuntos de trabajo. Está muy extraña.

—Gracias, Dora; pensaba que no había venido al no haber entrado a saludarme. Voy a verla ahora mismo.

Contra toda costumbre su puerta estaba cerrada, llamó levemente y entró directamente, estaba trabajando y nada más verle se echó a llorar desconsoladamente.

La abrazó asustado, lloraba mucho y tenía convulsiones, sólo acertaba a decir entre sollozos, para tranquilizarle, que no había sucedido nada grave en su familia.

Ante una taza de café, serenándola con su compañía, le pidió que le contase su problema.

—Tienes una cara horrorosa –dijo para hacerla sonreír–. Pareces un payasito: con la nariz como un tomate, los labios hinchados y los ojos... no digamos. Hoy no ganarías ningún premio de belleza –apretó su mano con fuerza animándola–. ¿Le vas a contar a tu amigo qué te ocurre?

—Luis se ha enamorado de otra mujer –contestó entre hipidos.

—¡Qué dices! Es imposible.

—Pues parece ser que lo es.

—Qué te ha dicho, ¡dímelo todo!

Costaba entenderla entre suspiros, lágrimas y sollozos.

—Me extrañó que viniese ayer a buscarme, fuimos a El Pardo y me dijo algo así como que sentía lo que tenía que decirme, que me quiere mucho y que se ha enamorado de otra persona.

—¿Y...?

—Nada más. Estuve llorando, pensando, sufriendo, más o menos como ahora, toda la tarde; yo no dije nada y él tampoco. Nos fuimos ya tarde a casa y esta mañana se ha puesto frenético porque dice que no le hablo.

—No lo comprendo, ¿no te ha dicho nada más? Ni qué piensa hacer, ni si va a dejarla, ¿nada?

—Nada. De todas formas, Enrique, si él quiere seguir conmigo, yo no estoy tan segura de querer seguir con él. Esto ha sido un mazazo y además no lo comprendo.

Le miró compungida, preguntándole a su querido amigo lo que debería haber preguntado a su marido.

—¿Qué le he hecho yo para que se porte así conmigo? ¿Cómo puede tirar por la borda una unión de quince años por otra persona? No sé qué pensar Enrique. Si no me quiere lo entiendo, pero si me quiere no comprendo cómo ha podido enamorarse de otra persona.

—Siento mucho lo que te ha ocurrido, Pilar; lo siento de todo corazón. Pero ante esta situación, ahora hay que pensar qué hacemos.

—Te quiero mucho, Enrique; eres mi mejor amigo, pero no te voy a complicar a ti la vida con mis problemas, esto lo tengo que resolver sola.

—No, ni lo sueñes; aunque dejes de hablarme a mí también, no vas a estar sola en este asunto, y menos con unos abogados enfrente.

—No hables así, por favor: es mi marido.

—Es tu marido pero, si ha decidido irse con otra persona, nosotros no nos vamos a quedar cruzados de brazos; te estoy hablando yo, pero sé que Juan tendrá mi misma opinión.

Volvió a tener otro acceso de llanto. ¡Qué pena le daba verla sufrir tanto y no poder hacer nada por aliviarla! Lo único que podía hacer era estar a su lado y si había una separación por enmedio ayudarla lo más posible.

—Yo no quiero nada, Enrique, sólo quiero a mi hijo y un poco de paz, nada más.

«Y nada menos –pensó él–, está ofuscada y no quiere darse cuenta de que se va a enfrentar a su suegro, porque Luis al lado de su padre es como si no existiese.»

—Tenemos que hacer lo que sea, que no sé lo que es, amistosamente; no quiero disgustar al niño.

Fue a buscarle al colegio, como casi todos los días; hicieron algunas compras y pasaron la tarde juntos en casa, él estudiando y ella vagando. A media tarde se acercó

su cuñada como tantos días. Por la cara que traía supuso que estaba enterada de algo y, aunque la quería, se propuso ser fuerte por el niño y por no darles la satisfacción a ninguno de verla sufrir.

Su decisión se desvaneció ante su saludo, se le hizo un nudo en la garganta y no pudo contener las lágrimas; quería ser fuerte pero no había forma: era una llorona empedernida.

—¡Cuánto lo siento! Y cuánto siento que, además, haya sido mi hermano el que te hace esta cochinada.

—No entiendo qué ha podido pasar, de verdad que no lo entiendo, Elena.

—Tienes que procurar ser fuerte, sobre todo por el niño.

—Mi niño, nuestro hijo, ¿cómo crees tú que le podemos evitar este disgusto?

—De ninguna manera, supongo. Perdona que te pregunte, no pienses que lo hago por entrometerme, pero dime: ¿qué es lo que te ha dicho mi hermano?

—Nada, lo de siempre, que lo siente, que me quiere y que se ha enamorado de otra persona.

—Una golfa recién salida de la facultad de derecho.

—No sé nada de ella ni quiero saberlo, Elena, y por favor te ruego que no insultes a nadie. Si me abandona alguien, el único que lo hace es Luis, nadie más.

—Si ella no se hubiese cruzado en su camino...

—Habría sido otra; si un hombre que está casado y se supone que es feliz se fija en otra, da lo mismo quién sea.

—Quizá tengas razón, aunque yo no lo vea así; cuando habló conmigo el domingo y me dijo que te lo iba a decir y, hoy cuando nos ha llamado papá a capítulo, le dije y le he dicho lo mismo. No puede encontrar otra mejor que tú, que no sé cómo le has aguantado muchas cosas.

—¡Tu padre estará contento! —sonrió por primera vez—. Si por algo me alegra esto es por él. Debe de ser la primera vez en la vida que se le escapa algo de las manos.

—¿Cómo de las manos? Le ha prohibido taxativamente a Luis que se separe.

—Él no es quién para inmiscuirse en nuestros problemas.

—No seas así, puede haber sido algo pasajero. Lo que siento es que el bebé será siempre un recordatorio.

—¿Qué bebé? —preguntó asombrada levantando la voz—. ¿Es que está esperando un hijo?

Elena se derrumbó, ¡cómo había podido ser tan estúpida! Tenía que haber comprendido que su hermano era un cobarde y no se había atrevido a decirle que iba a tener un hijo dentro de dos meses y había tenido que ser ella quien lo dijese.

Entró el niño y al ver a su madre se asustó.

—¿Qué pasa?

Tenía catorce años y era un hombre, aunque su madre lo tratara como a un niño pequeño. Comprendió enseguida que pasaba algo grave: «cosas de mayores», como dirían sus primos pequeños.

—No pasa nada, Luis —contestó su tía—, márchate que mamá está disgustada.

Al ver a su hijo no pudo impedir otra vez echarse a llorar. Él le abrazó con todo cariño, quería con locura a sus padres, pero estaba más unido a su madre, que era con la que más tiempo había pasado en su vida.

Se serenó lo más rápidamente que pudo quitando importancia al asunto y mantuvieron los tres una conversación trivial hasta que llegó su marido con su padre.

Según entraron ellos por la puerta del salón, Pilar se levantó y se fue por la de la cocina; a su espalda oyó a su suegro llamarla imperativamente pero no se volvió. Ya no respondería nunca a una orden suya.

Mandaron a Luis con sus primos y a Elena a buscarla para que bajase a hablar con ellos. Se negó, estaba deshecha.

—Por favor, Elena, ayúdame tú, te lo pido por la amistad que nos ha unido siempre. No puedo resistir esta presión, díles que preparen lo necesario para separarnos, divorciarnos o lo que sea y que me avisen qué día nos reunimos, pero no aquí, en casa de tus padres o en un despacho.

—Pilar, escúchame, mi padre puede sujetar fuerte a mi hermano, tú lo sabes bien, nosotros le obedecemos casi ciegamente. Habla con él, llegaréis a un acuerdo sin tener que divorciaros. Le pasarán una pensión a esa chica para el niño, lo que sea preciso.

—Mi contestación es la que te he dicho —dijo fríamente.

Aunque quería ser fuerte no podía con su alma y tampoco con su cuerpo. Cayó enferma, no hablaba, ni comía, ni dormía. No consiguieron que saliera de su mutismo y aquello le perjudicaba. Llamaron al médico, que le diagnosticó una depresión profunda; sólo conversaba brevemente con sus amigos y con el niño.

Juan volvió de su viaje al conocer la situación que atravesaba y los dos estaban permanentemente en su casa; nunca la dejaban sola y como Juan estaba divorciado se instaló en la habitación de Luis sin pedírselo nadie, lo que le agradecieron los dos profundamente.

Se organizaron de forma que tuviera compañía y apoyo, intentando sacarla de su mutismo. El médico que la trataba les aconsejó que intentaran por todos los medios que cambiara de actitud, que estallara, que gritara, que cualquier comportamiento era preferible a aquel mutismo al que se obligaba, le explicaron que lo peor que podía hacer era sufrir en silencio, que era totalmente perjudicial para ella, pero no lograron nada positivo. Veían peligrar su mente por su silencio, pero ni con todo el cariño que le daban

consiguieron hacerle cambiar de opinión. Nadie logró que hablara dos palabras seguidas sobre su marido o sobre su separación.

Luis mantuvo una conversación con su hijo en presencia de Enrique y Juan, explicándole lo sucedido. Pilar se lo había pedido para ayudar al niño lo más posible y él no había tenido más remedio que aceptar.

—Luis —le dijo Enrique al niño—, queremos que sepas que si estamos presentes en esta conversación es por tu madre únicamente, deseamos ayudarlos lo más posible, sabes que siempre nos tendréis a vuestro lado, somos vuestros mejores amigos y nos tienes aquí, y siempre, para lo que necesites.

Luis padre, con gusto, los hubiese matado en aquel momento si hubiese podido. Le estaba afectando mucho la situación que se había creado y el ver a los socios de su mujer permanentemente a su lado le soliviantaba y el que Juan se hubiese instalado a vivir en su propia casa le sacaba de quicio. Ganas le daban de echarlos a todos y volver al día de antes de El Pardo, seguir con ella, protegerla como lo hacían ellos. Sentía una rabia creciente al comprender que no podía hacer nada por evitarlo.

El niño comprendió la situación rápidamente. Tenía amigos que habían pasado por su misma situación y no derramó ni una lágrima; lo único que le pidió a su padre fue que quería vivir con su madre.

Pilar se recuperó lentamente, no quería hundirse en una depresión por el bien de su hijo y de ella misma, y la ayuda de sus amigos fue vital para su recuperación. Y aunque le quedaron bastantes secuelas por su persistente mutismo sobre el asunto, salió adelante aparentemente indemne, aunque las personas que la querían sabían que era frágil como una porcelana y que en cualquier momento podría romperse aquella estabilidad que mantenía con dificultad.

Luis se marchó a vivir al apartamento con Susana y, aunque no le dirigía la palabra, todas las tardes iba a su casa a visitarles. Casi no había terminado de marcharse de su casa cuando le empezó a pesar haber tomado aquella decisión. El ver a Pilar acompañada todas las noches por Juan le encendía, sabía que eran amigos, pero temblaba sólo de pensar que pudieran llegar a algo más. Cada día sentía que la quería más y estaba arrepentido y destrozado.

A Elena le sentó mal la presencia de los dos socios de su cuñada. Como vivía muy cerca, quería haberla cuidado ella, o que se hubiese ido a su casa; pero, delicadamente, los tres, que parecían los tres mosqueteros como les llamaba Pilar, se lo negaron.

En cuanto pudo se incorporó a su trabajo, más como una terapia que por sacar trabajo adelante, y cuando vieron que ya estaba recuperada la citaron a reunirse en casa de sus suegros y hablar de las condiciones económicas de su separación.

Le dijeron que su padre le rogaba que fuese sola, en clara alusión a sus amigos, ya que ellos eran su familia y no le iban a perjudicar.

Pilar estaba hundida, pero sacando fuerzas de la rabia que tenía dentro, se presentó a la reunión lo mejor vestida y arreglada que pudo. Había adelgazado considerablemente, era en lo único en que se le notaba por lo que estaba pasando y, como había sido más bien lletita y era muy alta, ahora parecía una estatua y estaba guapísima.

Lo que no hizo fue obedecer a su suegro y se presentó con Enrique y Juan. Había intentado ir sola, pero sus amigos le impusieron su presencia, bajo pena de no sabía qué.

Cuando entró en el salón, Luis no pudo reprimir un escalofrío al verla, la había querido mucho y ahora ya no estaba muy seguro de que no la quisiese.

El ver detrás de ella a Enrique y Juan fue como un diluvio frío. Saludaron y se sentaron a esperar.

Empezó una reunión tensa que mantuvieron entre su suegro y Enrique, que fueron prácticamente los únicos que hablaron.

—Pilar —dijo su suegro altanero—, lo único que te había pedido es que vinieses sola, pienso que estos señores no tienen nada que hacer en una reunión familiar.

—Ésta no es una reunión familiar —contestó Enrique—, es económica y nosotros, aunque no seamos letrados, representamos a Pilar.

Su suegro perdió los nervios por breves instantes.

—¡Usted se calla! Estoy hablando con mi nuera.

—Adolfo, por favor —sus ojos despedían fuego y hielo a la vez—, lo que decidan y digan Enrique y Juan es igual a lo que yo pudiese decir.

Todos callaron y empezaron a matizar condiciones, estaba todo escrito y más o menos de acuerdo, sus amigos eran muy competentes en materia económica y la familia de su marido no quería dejarla en la calle. Acordaron que Luis pasaría una cantidad estipulada a su hijo mensualmente a una cuenta corriente hasta los veintiún años, en principio, ya que Pilar no quería que le pasaran nada directamente.

Cada uno se quedaba con su negocio y con su coche.

Luis con el chalé, que les fue ofrecido y que rehusaron; Pilar prefería vivir en Madrid, por lo que se quedaba con el piso que tenían en el centro.

En las diferencias económicas que había entre los dos negocios, ninguno de ellos quiso entrar en valoraciones. Se valoraron el piso, el chalé y los dos coches y se compensó económicamente a Pilar por el dinero que tenían invertido.

El niño pasaría un fin de semana con cada uno de ellos y se repartieron igualmente las vacaciones, dejando abierto el que su padre pudiera verle siempre que quisiera sin tener que pedir permiso de ningún tipo, con la salvedad de indicarlo simplemente.

El único punto discrepante fue que su suegro había introducido una cláusula en la que indicaba que el niño comería todos los domingos en casa de sus abuelos.

Pilar no había hablado en toda la reunión, se mantenía totalmente alejada del lugar; a esa proposición simplemente dijo:

—¡No!

Su suegro sabía que no iba a ser posible, pero intentarlo había valido la pena.

Después de la reunión y antes de marcharse, Luis se dirigió a Pilar rogándole unos minutos a solas.

Sin decir palabra, se dirigió a la sala de estar, cerrando la puerta detrás de sí.

—Pilar, siento todo lo que ha pasado, me gustaría que no me odiases.

—No te odio, no siento nada hacia ti, Luis.

—Por favor no hables así, prefiero que me odies, por lo menos es un sentimiento, pero no sentir nada hacia mí es lo peor que me puedes decir.

—Es que no siento nada, de verdad, ni hacia ti ni hacia nada, tengo la sensación de ser un robot que se viste, camina, se maquilla y trata de funcionar como una persona, pero estoy vacía de sentimientos.

—Yo te quiero, Pilar, no creas que he dejado de quererte. Lo que no sé es qué nos ha pasado.

Intentó sujetar su mano cariñosamente y le dolió profundamente el que ella la retirase prestamente.

—No generalices –contestó irónicamente–, a mí no me ha pasado nada. No conseguirás hacerme sentir culpable en este asunto. Yo no sé si me habría enamorado de otra persona estando casada contigo y dudo que pueda volver a hacerlo, pero lo que tengo muy claro es que no lo he hecho, por lo que a mí... no me ha pasado nada.

—Ha sido un mal momento, una persona que se ha cruzado en mi vida en un instante crítico.

—¿Pretendes que me lo crea? Estás a punto de tener un hijo, otro hijo con otra persona. ¿Acaso los embarazos ya no son de nueve meses?

Hablaba con frialdad, quería herirle en lo más profundo de su ser, humillarle como había hecho con ella, porque aunque no se daba cuenta, en el fondo lo que sentía era dolor por la humillación recibida.

Había sido abandonada, tirada, expulsada de la vida de su marido, de su casa, de la familia, de su círculo y le dolía enormemente; no acertaba a comprender que lo que le dolía era precisamente eso, el sentirse despreciada, más que el haber perdido el amor de Luis. Quizá lo comprendería con el paso del tiempo, pero ahora la mezcla de sensaciones encontradas le hacían sentirse vacía y sin sentimientos.

—Por favor Pilar, recuerda los buenos momentos que hemos vivido juntos, han sido muchos y muchos años; por el bien de Luis no tenemos que olvidarlos.

—Por el bien de Luis estoy aquí hablando contigo; puede que algún día podamos ser amigos pero, de momento, prefiero que dejemos correr el tiempo.

—¿Y si yo te dijese que estoy arrepentido, que sufro enormemente cuando veo a Juan en casa contigo, que me siento herido cuando te echa el brazo por encima del hombro como si hubiese algo entre vosotros?

—No digas estupideces, ni tú mismo te crees que yo sería capaz de hacer lo que me has hecho tú a mí. Juan y Enrique son mis mejores amigos, gracias a ellos me mantengo en pie y mi cabeza funciona un poco coherentemente.

Diciendo esto salió y se marchó a su casa.

Dispuso que haría unos pequeños arreglos en la vivienda y se lo dijo a sus amigos:

—Me gustaría tirar todos los muebles y así no ver nada que le recordase.

—No te aconsejo que lo hagas de momento —dijo Juan—, tienes que liberar los fondos que tenáis invertidos y si lo haces con prisa perderás dinero.

—Estoy de acuerdo con lo que dice Juan, tu situación económica no es mala, pero si no quieres utilizar el dinero que va a pasar en concepto de pensión a Luis y mantener tu ritmo de vida debes ser un poco prudente. Te conviene no hacer gastos extraordinarios para que puedas seguir llevando tu vida normal.

Delicadamente, Juan le puso las manos en los hombros en un gesto cariñoso y entrañable.

—Es muy pronto para que pienses en lo que te voy a decir, pero te hablo por experiencia propia: procura empezar a hacer una vida normal sin pensar en que has estado casada, salir con amigas, comer por ahí, tomar copas, viajar.

—¡Tú estás loco! No me conoces si te crees que me voy a lanzar a la vida alegre, ¡como si no tuviera otra cosa mejor que hacer!

—No te molestes, Pilar, pero piensa en los años que tienes, no te queda toda la vida por delante y menos, perdóname, siendo mujer.

—Juan, no quiero comenzar una nueva vida con nadie, además, tengo un hijo, que aunque su padre no haya pensado en las consecuencias que esto le puede acarrear, yo si lo he pensado. Es mi responsabilidad y nunca, nunca, le impondré a ninguna persona que a él no le haga feliz, y es muy difícil encontrar un príncipe azul.

El tono entre los dos amigos iba encrespándose. Juan tenía buenas intenciones en lo que decía, pero Pilar no lo acogía bien.

—No os enfadéis —medió Enrique—. Tú te mereces ese príncipe y seguro que llamará a tu puerta, ya lo verás.

—Perdóname Juan, sé que me hablas así porque me quieres, pero ahora lo único que necesito es encontrar mi serenidad. Por despecho, me gustaría tropezar con un hombre alto, guapo, moreno —sonrió tristemente— por ser distinto de Luis... y que tuviese mucho dinero, para demostrarle que yo valgo más que él y que al quedarme sola se

han enamorado de mí, pero lo que tengo que hacer es organizarme y continuar con mi trabajo.

—Pues manos a la obra —dijeron los dos—, ¿cuándo hacemos la mudanza?

—Primero organizaré lo que me voy a llevar. Este fin de semana, que Luis pasa con su padre, embalaré mis cosas y a la semana que viene nos mudamos, así nos ayuda él y va colocando su habitación.

—Entonces ¿venimos el sábado por la mañana?

—No quiero que estéis, os lo ruego; lo que tengo que hacer es muy doloroso para mí, prefiero que me acompañe Elena. Voy a romper recuerdos, fotos, películas... tantas cosas guardadas durante años, y quiero que sea ella la que esté presente para que decida también qué se hace con alguna de ellas. Este fin de semana no os necesito; a la semana que viene sí, porque me harán falta porteadores.

Sus amigos, comprensivos, la dejaron sola y por la mañana muy temprano se pusieron a la tarea. Se podría decir que fue el peor sábado de su vida, destruyó su pasado como un autómatas.

Le comentó a Elena.

—Voy a empezar por las fotos, películas... no quiero guardar nada en donde estemos juntos, solamente quiero dejar en las que está el niño con nosotros. ¿Tu hermano quiere algo en particular?

—No, me ha dicho que lo que hagas está bien, que recojas todo lo que consideres tuyo y dejes aquí lo que sea suyo.

Se había traído una destructora de la oficina e introducía papeles, cartas, fotos, películas, facturas de hoteles, de restaurantes, lugares donde habían ido juntos, recuerdos de muchos años.

Era la destrucción de quince años en común y la regó bien con sus lágrimas.

Embaló la ropa de casa, sus libros, sus discos. Liquidó toda su vida en común en un día. Su cuñada estaba impresionada por la actividad que desarrollaba y la voluntad con la que destruía todo.

—Pilar, cuánto siento lo que estás pasando, cómo me gustaría poder ayudarte.

—Ya lo haces estando aquí conmigo.

—Yo respeto tu opinión, ¿pero no crees que quien tenía que estar aquí era Luis?

—Eres un genio cuñada, ¿qué quieres, que decida con mi marido qué foto rompemos y cuál dejamos? ¿Comentemos si lo que compramos en París con tanto cariño lo tiramos o se lo queda él?

—No, pero puede que, si os juntaseis en algún momento, volvería a sentir amor y arreglarías esta situación. Yo le conozco muy bien y sé que le pesa lo que ha ocurrido. El estar juntos podía propiciar una reconciliación.

—No entiendo muy bien por qué, y créeme que lo siento; pero sé, desde el primer momento en que le escuché hablarme de otra mujer, que ya no quedaba nada entre nosotros.

Cenó con sus amigos que ya no le volvieron a dejar sola hasta que se instaló en su casa; no quería molestar, pero agradecía tanta dedicación por su parte. Era muy cariñosa y se sentía huérfana de amor.

Durante el fin de semana siguiente realizaron la mudanza los cuatro. A Luis no pareció afectarle mucho el cambio de vida por el que estaba pasando. El niño, pendiente de ver cómo reaccionaba su madre, al comprobar que se mantenía serena, estuvo tranquilo.

Había empezado a pasar un fin de semana alterno con su padre en el apartamento donde vivía con Susana. Era una chica agradable y le trataba bien, aunque tampoco tenía un trato excesivo con ella. Su padre se ocupaba permanentemente de él, le llevaba a jugar al fútbol, al cine y a merendar y los domingos comían en casa de los abuelos, por lo que se juntaban todos los primos y se divertía.

Allí era donde notaba mayor tensión: iba con ellos Susana y la familia no parecía aceptarla bien. Sus primos y él se reían porque sacaban punta a los pequeños problemas que surgían, sobre todo a las discrepancias de Susana con los demás. Era muy joven y chocaba en opiniones con sus tíos; además, todos estaban en el fondo de parte de Pilar y la trataban como a una intrusa.

Los fines de semana que pasaba con su madre eran más tranquilos al no estar tan pendiente de él.

Al haber vuelto a su antigua casa se había vuelto a encontrar con sus amigos de la infancia y a salir con ellos. Eran muy amigos de Alfonso y María, que tenían una hija de su edad y dos chicos de menor edad y allí tenía más libertad de movimientos.

Los dos se adaptaron muy bien a su nueva vivienda, disponían de mucho sitio al usarla sólo dos personas. Además, Luis estaba en los exámenes finales de junio y se iba a ir al extranjero con el colegio y su primo, lo que contribuía a que no tuviesen mucho tiempo para pensar.

Aquel año se iba por primera vez fuera de su casa y le daba pena dejar a su madre sola.

—Mamá, he pensando que podría no ir a Estados Unidos este año, no quiero dejarte sola un mes.

—No, hijo —contestó cariñosamente—, de ninguna manera, tú te marchas como estaba previsto y, además, yo no me quedo sola. Durante este mes voy a tener mucho trabajo y están aquí Alfonso y María por si me hace falta algo; tú no te preocupes que no me voy a aburrir.

El día previsto para su marcha le llevó al aeropuerto, sus amigos le habían dicho que le acompañaban, pero ella había contestado que tenía que coger las riendas de su vida y cuanto antes mejor.

Sabía que iba a pasar un mal momento al encontrarse con Luis, el niño le había dicho que habían tenido un bebé hacía pocos días, por lo que imaginaba que la mujer que vivía con él no iría.

Al llegar se dirigieron al grupo familiar, Luis vigilaba el comportamiento de su madre y ella se daba cuenta; le temblaban las piernas, pero soportó la situación bastante bien, se había tomado un tranquilizante, uno de los muchos que tomaba prácticamente a diario; se los había recetado su médico para que pudiera descansar.

Estaba francamente guapa, delgada y alta, llamaba la atención por donde pasaba, siempre había ido muy bien vestida y ahora se esforzaba por ir mejor si era posible y aunque había perdido la apetencia por comprar ropa, seguía teniendo su ropero al día.

Saludó a todos besándoles y a Luis le hizo una inclinación de cabeza por hacer algo. Los niños andaban por allí como locos, los mayores que se iban emocionados por su marcha y los otros dos por la algarabía que suponía tantos chicos por allí.

—¿Siempre que me veas me vas a saludar con una inclinación de cabeza? —le preguntó Luis secamente.

Hizo como que no le había escuchado y continuó con una conversación que a duras penas habían iniciado para soportar el rato que tenían que pasar juntos; no se habían visto, salvo a Elena, desde que se separaron y los primeros momentos eran difíciles.

—Pilar —dijo su suegro—, nos gustaría que vinieses a comer a casa con nosotros para que no te encuentres sola.

—Muchas gracias, Adolfo; he traído un trabajo urgente a casa y lo tengo que terminar.

—Antes me decías que era de tontos traerse trabajo a casa —contestó Luis con descaro.

—Sigo pensando lo mismo, pero ahora tengo mucho quehacer y así descargo a mis socios, que bastante han soportado mi trabajo durante mi enfermedad.

Evitaba el referirse a su separación y evitaba también el hablar con Luis, pero él estaba insistente y como no se encontraba por allí el niño, no quería darle una mala contestación.

La situación cada vez se hacía más insostenible, hasta que apareció Juan, le dio un beso en la mejilla y le echó un brazo por el hombro.

—He venido a despedir a una amiga y me he acordado que estarías por aquí. Hoy no te escapas de que me pagues una comida a mí sólo.

—Qué casualidad, Juan —dijo Luis con cara de pocos amigos—, mejor podías haber dicho «pasaba por aquí».

—Tienes razón Luis, he venido a buscar a Pilar, porque con nadie puedo pasar mejor el día que con ella, ¿así te parece mejor?

Se calló. Le hubiese pegado un puñetazo, le ponía frenético aquel imbécil, cerró los puños con fuerza y cambió de conversación.

—Ahora que estamos juntos, si te parece, podemos hablar de las vacaciones de Luis; quisiera pasar los primeros días de agosto en la sierra, en casa de mis padres, ¿te parece bien?

—Sí —contestó sin mirarle siquiera—, yo cogeré la segunda quincena, no tengo problema.

—Si te parece, Pilar —intervino su suegra nerviosa—, como el niño se lo pasa bien en la sierra con todos los amigos que tiene y son las fiestas de agosto, se puede quedar en casa y venirte tú a pasar esos días con nosotros.

—Os lo agradezco mucho, pero yo alquilaré una casa en el pueblo para que Luis pueda continuar allí sus vacaciones como siempre y estar con él.

Sus suegros tenían un chalé muy grande en las cercanías de Madrid desde hacía muchos años, a donde iban todos sus hijos y nietos en verano.

—¡No pensarás hacer el ridículo de alquilar tú una casa donde llevamos nosotros veraneando toda la vida, cuando tienes tu sitio en nuestra casa como una hija más! —continuó Adolfo imperativamente.

—El ridículo me temo que lo vas a sufrir tú Adolfo, porque a mí me da lo mismo; yo no voy a ir a vivir a vuestra casa y no le voy a quitar a mi hijo el que continúe con sus vacaciones veraniegas como siempre.

—Por favor, Pilar, atiende nuestras razones —dijo Luis—, yo me comprometo a no ir a casa de mis padres mientras estés tú, si es eso lo que quieres; de todas formas, si fuese en algún momento lo haría solo y, por el bien de Luis no veo problemático el que podamos estar en algún momento juntos.

Cada día que pasaba sentía más haber roto con su mujer, era una persona muy cómoda y con Pilar lo tenía todo dispuesto y ahora, con Susana, tenía él que decidir las cosas más nimias. Desde que había tenido el niño todo lo que sucedía era un problema y él se tenía que ocupar de menudencias que ni se imaginaba que existían; el chalé le venía tremendamente grande y aunque tenían una señora que era muy competente, Susana dejaba todo pospuesto para cuando él llegara.

Tenía otras cosas buenas: estaba pendiente de él de otra forma distinta que su mujer, pero la añoraba y se daba cuenta de que Pilar le atraía cada vez más; desde que no estaban juntos, sufría pensando que alguien pudiese mirarla siquiera y, además, le apetecía pasar unos días en la sierra con su familia, como antes.

—Vamos a dejar una cosa clara de una vez por todas, Luis; tú has tomado un camino y te has unido a otra persona: olvídate de mí, yo haré con mi vida lo que me venga en gana, iré donde quiera y con quien quiera.

—Ni sueñes con que me voy a quedar tranquilo si tú sales con otros hombres. No te voy a permitir que Luis tenga que sufrir la presencia de otras personas.

—No voy a seguir hablando contigo, tú sabes bien cómo soy yo y estás enfadándote. Además, te recuerdo que Luis vive con otra persona distinta de mí cuando va a tu casa.

Con aquella contestación dio por terminado el asunto. Los niños reclamaron su presencia y partieron enseguida.

Pilar se abrazó a su hijo lo más entera que pudo, aunque se le saltaron las lágrimas.

Cuando embarcó y ya no se le veía, Juan tiró de ella rápidamente sin dar tiempo a los demás a despedirla siquiera. Agradeció su determinación y su compañía, por aquel día ya estaba bien de relacionarse con una familia que no era la suya.

Comieron como dos camaradas y se divirtieron. Juan era muy vital y hacía que todos los que estuvieran a su alrededor fueran felices; él también tenía sus problemas, pero jamás los dejaba siquiera entrever, y menos delante de Pilar.

Quiso subir a su casa y continuar acompañándola, pero se lo impidió con la mejor de sus sonrisas.

—Te lo agradezco en el alma, Juan. Tú tienes que comprenderme, en algún momento me tengo que quedar sola y va a ser ahora mismo; estoy bien de verdad. Hasta mañana.

Cuando entró en su casa se hundió, parecía que la soledad habitase allí, entró a la habitación de Luis y permaneció de pie llorando. ¡Qué sola se encontraba! Echaba de menos la compañía de su marido, se llevaban bien y aunque tenían problemas, estaban acompañados. Se le representó en su casa, feliz con otra mujer y otro hijo y volvió a llorar como los primeros días.

La noche le sorprendió en el mismo lugar, no se había movido del quicio de la puerta en horas; lentamente se fue al cuarto de estar y se dejó caer sobre un sillón.

Se preguntaba qué iba a hacer, sus amigos estaban pendientes de ella y también Alfonso y María, pero cada uno tenía su vida y no quería estorbar, sabía que cuando le animaban a salir con ellos no era por compasión, sino por amistad, pero en el fondo no era lógico.

Cuando estaba el niño, no se notaba tanto la falta de Luis, pero ella sola no podía, ni quería, ser una carga para nadie.

Decidió que ese mes que tenía por delante mientras estaba fuera Luis, lo iba a utilizar para encauzar su camino, para encontrar alguna ocupación que no fuese la dependencia de otras personas; tenía que salir con amigas, integrarse en algún grupo con el que tuviera aficiones comunes, algo que no fuese solamente su trabajo y su hijo.

Buscó en la agenda a quién llamar, pero no encontraba a nadie que estuviese en una situación parecida a la suya, toda la gente que conocía eran matrimonios o parejas estables. Al fin, localizó el teléfono de una amiga que había visto hacía poco tiempo y que continuaba soltera.

Le contó por encima su vida y quedaron para comer.

Almorzaron en un restaurante al aire libre; el sol calentando su piel le tonificó, y lo pasaron bien, habían sido muy amigas en su juventud y tenían muchos recuerdos gratos de los buenos momentos pasados.

Comentaron cómo había transcurrido sus vidas. Olga no se había casado, era un poco loca en el pensar de Pilar, siempre lo había sido, según recordaba. Trabajaba de relaciones públicas y tenía amistades de todo tipo, sobre todo masculinas, como ella misma decía: «utilizo a los hombres cuando me hacen falta y después... hasta más ver».

Pilar le habló de su matrimonio, de su hijo, su trabajo y por último de su separación, motivo por el cual se había decidido a llamarla. Quería reanudar aquella amistad con la franqueza que le caracterizaba y que era algo que valoraba todo el mundo.

—Quiero ser franca contigo, Olga; no sé qué hacer con mi vida, no quiero ser un estorbo para mis amigos, ya que ellos son personas con vidas distintas a la mía de ahora, y he pensado en ti, por si en alguna ocasión podemos salir juntas.

—Por mi encantada, yo también quiero ser franca: tengo un grupo de amigos muy amplio, nunca quedamos de hecho, pero nos vemos por los lugares de siempre, no me molesta en absoluto que salgamos juntas, al contrario tengo muy buen recuerdo de cuando lo hacíamos.

—Puede que tengas buen recuerdo de cómo era en la juventud, pero ahora soy completamente distinta. Estoy amargada, no comprendo cómo puede haber verano ni flores ni música ni alegría, cuando a mí todo me entristece cada vez más.

—Eso son rachas que se pasan —contestó alegremente—, en nuestro grupo hay varias personas separadas y se divierten, ya lo verás; lo único que quiero que sepas es que nosotros, todos, vamos por libre. Si nos apetece tener alguna aventura, no tenemos en cuenta a la persona con la que iniciamos la noche.

Le miró asustada ante sus palabras. Ella era bastante comedida, casi podría decirse que puritana, sin embargo, consideró que debía seguir adelante.

—Supongo que me costará un poco adaptarme —contestó—, pero si son las reglas, jugaré con ellas.

Quedaron en una terraza para salir esa misma noche. Se encontraron con un grupo de gente amplio y todos la aceptaron muy bien, sobre todo los hombres; eran mayores, de su edad o más, gente con dinero, sin preocupaciones aparentes y con ganas de diversión.

Había uno en particular que estuvo toda la noche con ella, era muy agradable y cortés. Tratándole parecía respirar nuevamente, rodeada de personas afines a su situación y con alegría; le costó un poco integrarse, pero parecía que lo iba consiguiendo y pasó una noche divertida.

Al retirarse, se ofreció a llevarla a su casa y al dejarla en el portal, quedaron para el día siguiente.

Salieron al teatro y a cenar. Al día siguiente, después de cenar, fueron a bailar. Estaba contenta, aquella vida le encantaba, había pensado que le iba a resultar difícil salir con otras personas, asustada por las palabras de Olga, pero aquel hombre era encantador. Todo se desarrollaba con normalidad, al principio parecía que se sobrepasaba un poco, pero desestimó sus temores pensando que era una histérica. De vuelta a casa él le preguntó.

—¿Vives sola, Pilar?

—No, vivo con mi hijo; ahora está en Estados Unidos haciendo un curso de verano.

—Me lo había comentado Olga, ¿te parece que acabemos la noche tomando una copa en tu casa?

Aquello era lo que temía: proposición de subir a su casa; le parecía prematuro, no le conocía de nada, las piernas le flaqueaban; pensó que era educado y no tenía por qué pasar nada que no quisiesen los dos. Desechó sus temores y le invitó a subir.

Le duró poco su tranquilidad; enseguida empezó a insinuarse, primero delicadamente, pero ella se asustaba por momentos; al notar su rigidez, en vez de cambiar su idea y portarse como un caballero fue directamente al grano sin más divagaciones.

—Cada vez que intento arrimarme un poco a ti te alejas más –dijo insinuante–, para esto no he subido a tu casa.

—Discúlpame –contestó tajante poniéndose de pie–, creí que habías subido a tomar una copa.

—A eso he subido... –dijo sonriendo– ¿o no te ha explicado Olga las normas del grupo?

—Me parece que no las he debido entender bien, haz el favor de marcharte.

—Vas por mal camino –su voz adquirió un tono amenazador–, no debes hacer gastar dinero a la gente inútilmente; yo soy un caballero, pero otras personas te pueden acarrear problemas.

Bruscamente dio un portazo y se marchó. Se quedó sola presa de un ataque de nervios.

«Dios mío, gracias por ayudarme; no pensaba yo que funcionaban así estas relaciones, podía haber tenido un serio disgusto por haber metido en mi casa a un desconocido.»

Al día siguiente, atemorizada y avergonzada, no fue a los lugares donde solían quedar, pero al otro consideró que era tonta y que no todo el mundo iba a ser igual, tenía que cambiar de actitud o por lo menos iba a intentarlo.

Sus amigos y cuñados no cesaban de llamarla, les decía que salía con un grupo de amigos y la dejaron un poco tranquila.

Al verla, Olga; la llamó aparte.

—¿Qué tal con Francisco la otra noche?

—Muy mal, me dijo que quería subir a tomar una copa y una vez en mi casa, dicho y hecho, se quiso acostar conmigo.

—¿Y te asombra? Todos los del grupo están detrás de ti, eres nueva y la verdad es que de bastante buen ver...

—Olga, por favor, no me hables así que no estoy acostumbrada.

—Pues tendrás que acostumbrarte, alguno tiene que ser el primero después de tu marido; acuérdate que él vive con otra, eso te puede ayudar.

—No voy a poder, Olga. Estoy angustiada, pienso que no soy una persona normal, he estado casada quince años y durante todo ese tiempo no he mirado a otro hombre que no fuese mi marido, ¿cómo comprendes que voy a salir dos días con una persona y me voy a acostar con él? Sin sentimientos, sin amor, sin nada. No puedo, de verdad que no puedo, seré una neurótica, pero no puedo.

—Inténtalo, son gente agradable y están sanos, no te van a acarrear problemas ni te van a pedir una continuidad, eso es muy importante; sal con alguno, dale largas si necesitas más tiempo y después... aunque sea cierra los ojos; lo peor será la primera vez, yo ya no me acuerdo, pero supongo que no será agradable.

Lo intentó con todas sus fuerzas. Durante aquel mes de julio salió todos los días, en grupo, y cuando alguno que parecía una persona amable le citaba para salir solos lo hacía. Fue a muchos sitios que no creía ni que existían, a las carreras de caballos, a piscinas preciosas, fuera de Madrid a visitar lugares cercanos.

Salió con varios, todos iban a lo mismo, pero ella ya estaba más experimentada y conseguía frenarlos con una frialdad que no sentía y lo curioso es que tenía un éxito asombroso, estaba segura que entre ellos se contarían que no había nada que hacer y aquella actitud les debía servir de acicate, porque seguían intentándolo.

A mediados de mes conoció a Raúl. Era nuevo en el grupo, caballeroso y atractivo. Al principio no le hacía caso, aunque a Pilar no le importaba, lo que quería era salir en grupo y divertirse y prefería no salir sola, estaba tranquila y disfrutaba a la vez. Pasaron así unos días hasta que le invitó a salir a cenar, era muy educado y demasiado atractivo.

Disipó sus temores en la primera salida, era una persona encantadora que le hizo tener esperanza de que no debía ser tan anormal como ya se estaba pareciendo a sí misma; tonteaban, reían... aunque le costaba mucho y cuando se ponía un poco más insistente le frenaba y él se retiraba con una amplia sonrisa.

No es que le gustase en exceso, estaba demasiado creído de sí mismo y aunque era una persona culta, su sistema de vida era demasiado alegre para una persona tan trabajadora como Pilar, pero la situación era muy gratificante, se sentía otra vez mujer.

Hasta tuvo suerte y un día comiendo se encontraron con Luis. No le dirigió la palabra, pero su cara dijo más que todas las palabras no pronunciadas. Le hizo ilusión que sufriera y por un hombre que era más atractivo que él.

Tan mal le sentó verla con otro, que estaba comiendo solo en una mesa y al primer plato pagó y se marchó. Le sirvió de venganza personal, pobre venganza, pero como Luis no sabía que aquel hombre no era nada para ella...

Sus amigos estaban contentos al verla un poco más alegre cuando empezó a salir con Raúl, mantuvo una actitud más burbujeante, era ficticia totalmente, intentaba no amargar la vida a nadie, no estaba feliz ni mucho menos, aquello era una situación agradable, nada más. No sentía absolutamente nada por él, sólo le resultaba delicioso tener para quien arreglarse y sentirse acompañada sentimentalmente.

Al regreso de Luis de Estados Unidos, Juan le acompañó al aeropuerto a recogerle.

—Pilar, voy a ir de todas maneras; mejor es que vayamos juntos y no hagamos el ridículo del otro día.

—Voy con mis cuñados, Juan, te lo agradezco y luego me vuelvo con el niño a casa. Me emocionó que fueras cuando se marchó, me ayudó mucho, pero ahora me vengo ya con un hombrecito a casa.

—Voy a ir de todas formas —dijo tajante—, no me puedes impedir la entrada a Barajas y, conociéndote, no me vas a echar con cajas destempladas.

Fueron juntos, qué felicidad sintió al recibir a su hijo. Vino hecho un hombre, ya había llegado cuando apareció Luis, se saludaron fríamente mientras su hijo se estaba despidiendo de sus amigos; se quedaron un momento los tres solos.

—¿No te atreves a venir con el estúpido del otro día?

No contestaron ninguno de los dos, podían iniciar un altercado. Por educación no lo hizo y eso le soliviantaba, no había nada que le molestara más a Luis que le despreciasen.

Juan mantenía firmemente sujeta su mano y eso le confortaba.

«Menos mal que ha venido Juan, porque Luis cada día está más impertinente», pensó.

—¿Has cambiado de opinión respecto a las vacaciones de verano? —espetó.

—No, no ha cambiado de opinión —contestó Juan airado—, pero vosotros estáis impidiendo que pueda alquilar una casa de la urbanización y me parece un error por vuestra parte.

—¿Para hablar conmigo necesitas un abanderado? ¿Es que yo muerdo para que no puedas hablarme directamente?

—No quiero hablar contigo, Luis; parece ser que no lo comprendes: entre tú y yo ya está todo dicho. Tiene razón Juan: es un error que no me dejéis alquilar una casa.

—¿Me estás amenazando, Pilar?

—No te está amenazando.

Luis, ofuscado, se arrimó amenazador a Pilar y Juan se interpuso violentamente.

—Ella nunca amenaza, pero a lo mejor su abanderado, como tú me llamas, te saca todos los dientes de la boca de un puñetazo.

Al llegar Luis con sus primos se serenaron los ánimos. Lo que menos quería Pilar era que Juan tuviese un problema por su causa. Se despidieron rápidamente y se marcharon a su casa.

Al irse Luis con su padre de vacaciones, Raúl, con el que seguía saliendo asiduamente, le invitó a un crucero de diez días por el Mediterráneo. Iban algunos del grupo, entre ellos Olga, y le hizo mucha ilusión. Se compró ropa para las noches de gala, varios trajes de baño... volvía a revivir. Lo comentó en la oficina.

—Me ha invitado Raúl a un crucero, estoy muy contenta.

—Nos alegramos mucho, Pilar —dijo Juan—, ya te decía yo que tenías que salir, si eres un bombón, los hombres se te rifan.

—Pilar —siguió Enrique— no te quiero desilusionar —dudó sonriéndole—. Aunque sé que con Raúl no estás en una nube, ten cuidado con él, a mí no me gusta.

—No me asustes, Enrique; es un caballero y no se sobrepasa lo más mínimo, me trata con una delicadeza exquisita.

—Pueden ser apreciaciones más, pero insisto, no me gusta.

—Tú eres un aguafiestas, Enrique, ¡déjala tranquila! Poco animosa que es, que cree que todos los hombres lo único que quieren es... ya sabes... y, además, la previenes contra ese amigo suyo, lo que le faltaba.

—Puede tener razón Enrique, además, creo que no estoy preparada, me parece pronto para salir con alguien; hace sólo tres meses que estoy separada y me parece como si hiciera mal, como si cometiese un pecado.

—¡Por favor, santa Pilar! No se lo digas a Raúl que se tira por la borda —dijo Juan riéndose a carcajadas—. Yo voy con una mujer como tú a un crucero y me dice que cree que está pecando y prefiero que me coman los tiburones.

—Qué tonto eres, Juan, son pensamientos que tengo y si no os los digo a vosotros, ¿a quién queréis que se lo cuente?

—Siempre a nosotros —dijo Enrique besándole la mejilla—, siempre a nosotros. Te pase lo que te pase... llámanos, irán tus abanderados a recogerte a donde haga falta; llévate el teléfono de la casa que he alquilado y si tienes algún problema no dudes en llamarme, porque Juan estará ilocalizable, se esfumará con alguna conquista.

—Yo aprovecho lo que puedo, estoy más sólo que la una, pero si mi preciosa Pilar quiere que vayamos juntos de vacaciones, nos vamos a un crucero y a veinte si hace falta.

—Gracias cariño —acarició su larga melena lentamente—. Tú vete con tus amores intentando alegrar tu vida, que yo intentaré pasarlo bien con el mío; y tú descansa con tus chavales y Elisa —le dijo a Enrique—. Falta os hace después de los meses que habéis pasado conmigo.

—Acuérdate de lo que te he dicho, Pilar; llámame si tienes algún problema —insistió Enrique—, si no lo haces te castigaré duramente.

—Sí, *bwana*.

El día antes de salir de vacaciones Raúl pasó a buscarla para salir a cenar; por el camino le preguntó por educación el precio del pasaje y, ante su sorpresa, le dijo sin más la cantidad que tenía que abonarle.

Extendió un talón y se lo entregó; estaba atónita, no se esperaba que le cobrase el crucero cuando la había invitado, aquel detalle no le gustó; de acuerdo que era una cantidad importante, pero no estaba acostumbrada, cuando salía con un hombre, a pagar ni una cerveza. ¿Qué consideraba la gente de ahora que era una invitación? Decidió que no iba a empezar a darle vueltas a la cabeza, que esta fórmula debía ser normal y que se tenía que ponerse al día: correría con sus gastos si era la moda.

Embarcaron en Barcelona y los dos primeros días fueron geniales: se bañaban, hacían deporte, participaban en concursos, tomaban el sol y, por la noche, bailaban hasta el amanecer.

La primera noche lució un vestido negro largo que se ceñía a su cuerpo esbelto, ya estaba morena y con su melena rubia y sus ojos azules llamaba la atención por donde pasaba.

No era una mujer impresionante, pero emanaba algo de ella que hacía que los hombres volvieran la cabeza a su paso; era atractiva y en cuanto la trataban, deseable. Le disgustaba un poco que hubiese más mujeres que mirasen a Raúl, era como un galán de cine y con traje de etiqueta más todavía. No estaba acostumbrada a que su pareja llamase tanto la atención y, además, notaba cómo él se pavoneaba con discreción.

«Pero se pavonea», se dijo.

Bailaron, pasearon por cubierta a la luz de la luna; sentía una atracción hacia él ¿pequeña? No sabía definirla, ni medirla. La acompañó a su camarote.

—¿Puedo pasar a tomar la última copa?

Le invadió el miedo. Cuando pensaba en las consecuencias que podía traer el que entrase se envaraba, comprendía que no podía seguir así. A la hora de bailar se veía a todo el mundo emparejado y sin problemas y ¿por qué tenía que tenerlos ella? Pero no quería que pasara, aquella noche no, era muy pronto y no estaba preparada.

—Estoy muy cansada, ¿mañana?

—Cuando tú quieras, Pilar. Hasta mañana.

Besando su mano se retiró y ella durmió feliz, ¿habría encontrado el amor? Le parecía que sí, era tan dulce y educado y qué agradable era entrar en el salón de su brazo.

El día siguiente fue igual: distintas competiciones, risas, bromas... no te dejaban aburrir un momento.

—Qué suerte tienes, Pilar; a Raúl le tienes embobado.

Conversaba con Olga, sentadas en el borde de la piscina tomando el sol, mientras sentía la mirada de Raúl sobre su cuerpo.

—Es muy agradable y estoy feliz, creí que todos los hombres que iba a conocer eran como los de tu pandilla; reconoce que o no he tenido suerte o eran un poco zafios.

—Me molesta que hables así de mis amigos; no son zafios, es que tú eres muy rara y no creo yo que Raúl sea muy distinto de los demás. Por experiencia te diría que todos los hombres son iguales y van a lo mismo.

—Eso no es así, no puedes meter a todos en el mismo saco.

—No hagas valoraciones por los que tú has conocido, como tu marido o tus amigos. Comprendo por lo que estás pasando pero no te subas a una nube, me parece que eres propensa a soñar.

Estuvo toda la tarde pensando en las palabras de Olga. ¿Tendría razón? No podía ser, no todos los hombres eran iguales.

Volvió a llegar la noche y cuando empezaba a amanecer volvieron sus temores, lo habían pasado muy bien y Raúl había estado pendiente en todo momento de sus deseos.

Tenía que tomar una determinación, iba a ser esa noche.

«Total qué más da una que otra, no siento nada hacia él.»

Pensó que debía ser difícil enamorarse después de haber estado casada tantos años.

«Y si todo el mundo hace lo mismo, ¿porqué voy a ser distinta? Aunque cuando estoy con él tengo la misma sensación de cuando me tiro desde un trampolín, que como me da miedo, cierro los ojos y al agua sin pensar.»

Le acompañó y entró a tomar una copa, pasaron un rato agradable ¿o no tanto? Ya no sabía, sus nervios empezaban a aflorar y los temía, porque le podían poner en el disparadero.

«Voy a seguir adelante, soy una persona adulta, no una niña, no hago mal a nadie, soy libre como el viento.»

Repitiéndose aquellas palabras para convencerse pasó al cuarto de baño a cambiarse, se puso un salto de cama muy bonito, se miró en el espejo, estaba temblando, las piernas se le doblaban, pero salió.

Raúl estaba tumbado en la cama, desnudo. Se sujetó al quicio de la puerta, no le gustó verle así, le pareció una falta total de delicadeza; todo se movía a su alrededor, intentó tranquilizarse pensando que no era ella y sí el vaivén del barco. Él la atrajo hacia sí para besarla y tumbado en la cama como estaba la tumbó sobre él sin más miramientos. Se incorporó como si su cuerpo fuera un resorte.

—Por favor, Raúl; a lo mejor te resulto estúpida, pero compréndeme, he vivido quince años con una persona y necesito un poco de tiempo.

—¿Y te parece poco? Llevamos saliendo quince días.

Su voz se iba alterando y lo notó claramente, intentó hablarle fríamente para no demostrarle el miedo que iba invadiendo su cuerpo y lo que era peor, su mente.

—Sí ya lo sé, pero para mí no es un tiempo largo.

—Oye —dijo levantando bastante el tono de voz— te he traído al crucero para disfrutar de los días y de las noches; creo que no hace falta decir que cuando dos personas se van de viaje juntas es para todo, no sólo para bailar a la luz de la luna, eso es sólo romanticismo absurdo.

—Perdóname —contestó ofendida—, pero tú no me has traído, me has invitado y yo he pagado mi viaje; me parece que implícitamente me estás exigiendo no sé muy bien qué.

Disciplentemente volvió a tumbarse en la cama, riéndose sarcásticamente.

—Sólo me habría faltado que me gastase un dinerito contigo en el pasaje, para que ahora me salgas con que necesitas tiempo.

—Haz el favor de salir de mi camarote, Raúl —dijo dignamente.

—No eres ninguna niña, no te comportes como si lo fueses.

Ya estaba atacada, aquel tipo era insufrible; si creía que iba por buen camino por aquél estaba muy equivocado, tuvo la sensación de que la había contratado para ser su entretenimiento en el crucero y aquello le soliviantó.

«Este tío ha pensado que “aquí pasamos ocho días fenomenales y después: si te he visto no me acuerdo, a por otra”.»

Se arrepintió de haberse embarcado con él; las palabras de Enrique invadieron su mente, jamás tendría que haber iniciado aquella aventura.

—Por favor, déjame sola —pidió llorando.

—No me vas a conmovir con unas lagrimitas y no me pienso marchar, ven que te consuele.

Extendió la mano intentando atraerla hacia sí. Aterrada abrió la puerta y se marchó dando un portazo. Iba en salto de cama y avergonzada, cruzó sus brazos en cruz sobre su pecho intentando taparse algo cuando se encontró con gente por el camino, mirando el suelo para que no le conociesen.

Se tumbó en la cubierta tapándose con una manta y así pasó la noche; no pudo dormir, la humedad se le metía hasta los huesos. Tiritando, estuvo esperando hasta que levantó el sol, no se atrevía a ir a su camarote y también le daba vergüenza seguir allí vestida así.

«Lo de vestida es broma, más bien desvestida.»

Cuando observó movimiento en el barco volvió. Suspiró aliviada al ver que Raúl no estaba en el camarote; se acostó y durmió hasta el mediodía.

Haciendo un gran esfuerzo fue a comer con el grupo de gente con el que se reunían, le pareció como si todos supiesen lo que había ocurrido por la noche, a excepción de Olga nadie le hizo caso. Raúl ni la miró, entretenido con una chica con la que se estaba comportando demasiado apasionado para la hora que era, además, le importaba un bledo, parecía como si lo hiciera para darle celos y no tenía humor para nada que no fuese contemplar su propia decepción.

No salió en toda la tarde y por la noche, obligándose a vivir, fue a bailar. La situación empeoró notablemente, aguantó estóicamente sentada en su silla sin que nadie se dignase dirigirle la palabra ni sacarla a bailar; no lo comprendía, ¿qué les había hecho a los demás? Que Raúl no le hablase lo entendía relativamente, aunque para ella había sido un grosero, pero los demás no, parecía como si hubiesen hecho un frente común contra ella.

A la mañana siguiente desembarcaron para visitar una isla y nadie le invitó para que bajase a tierra. Cuando vio marcharse a todos, desolada y triste, cogió sus maletas, desembarcó y, en un vuelo, se fue a Madrid.

En su casa sola fue peor, empezó a pensar que era una imbécil, que no era una persona normal, que por qué tenía que hacer cosas distintas que las demás personas, que iba a ser siempre una solitaria amargada... de todo se dijo. La casa se le caía encima.

Se acordó de lo que le había dicho Enrique y decidió marcharse con ellos. Era una paliza, ya lo sabía, pero también eran sus amigos, la querían y la soportaban con alegría.

Al abrir la puerta Elisa, se echó en sus brazos llorando desconsoladamente, llamándose tonta y diciéndole que no sabía cómo la podían soportar.

—Estoy avergonzada.

Estaban desayunando en el jardín. Al ver a Enrique había tenido que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar en sus brazos. La noche la había pasado tranquila y había descansado sabiendo que sus amigos vigilaban su sueño y que a su lado nada malo le podía ocurrir.

—No sé vivir con esta losa que me aprisiona el corazón, no funciono como una persona normal.

—Lo harás, Pilar —dijo Enrique acariciándole la mejilla—. Ahora descansas aquí unos días y después te vas con Luis; siento decirlo, pero ya te dije que no me gustaba Raúl.

—Pienso que la que no te tenía que gustar era yo, creo que todo el mundo va a derechas y yo a izquierdas y así nunca me encontraré con nadie, no es que me haga falta, ni que busque un compañero, pero estoy asustada, sobre todo por lo que le pueda afectar a Luis.

—A Luis no le va a afectar nada, porque tú eres una madre maravillosa y encontrarás tu príncipe azul, te le mereces.

Después de pasar unos días en los que descansó sin pensar en nada, Enrique y Elisa le acompañaron al pueblo para ver cómo se quedaba instalada. No había podido alquilar ninguna casa y alquiló dos habitaciones con una familia encantadora que conocía.

Luis la recibió con los brazos abiertos, ya tenía ganas de estar con su madre, lo había pasado muy bien como siempre, pero la echaba de menos.

Se encontraron en una cafetería del centro del pueblo, comieron juntos y enseguida se puso a hacer planes en los que tuviese cabida su madre.

Con todo el amor que le tenía le convenció de que se había traído mucha lectura atrasada de todo el año, informes de la oficina y que quería solamente descansar, nadar en la piscina, comer, echarse la siesta y dormir mucho, que se había agotado durante el crucero y que deseaba unas vacaciones tranquilas.

No podía permitir ser una carga para su hijo. Él tenía que disfrutar con sus amigos, ir de excursión, hacer acampadas, tontear con chicas. Todo igual que siempre, no le iba a convertir en su acompañante, esto sería lo último que haría, aunque se pasara los quince días mordiéndose las uñas de rabia y aburrimiento.

Tampoco Elisa y Enrique estaban conformes. Enrique temía que Luis le molestara, y aunque parecía estar bien, le había quedado un punto de inestabilidad que sus incursiones en solitario por la vida habían acrecentado. Los días en su casa la habían sosegado, pero no estaban tranquilos. Juan se había ofrecido para pasar las vacaciones en la sierra con los dos, pero lo habían desechado prudentemente, en un pueblo tan pequeño todo eran murmuraciones y el que llegase a los cuatro meses de su separación con él, aunque mucha gente sabía que era un amigo de toda la vida, podía ser perjudicial para su reputación. Pensaron sobre todo en Luis, que podía oír algún comentario mal intencionado sobre su madre en cualquier lugar.

Así que se quedó sola. Por las mañanas iban a la piscina municipal, nadaba, tomaba el sol y comían allí: su hijo estaba con sus amigos y con ella. Después descansaba y leía hasta la cena. Por la noche se arreglaba poniendo un empeño especial en ir lo mejor vestida posible y sin sombra de tristeza, aunque tampoco fuese alegre. Se sentaba en una terraza esperando a su hijo.

El día de su llegada su suegro bajó a la piscina con Luis, se dignó ir a la del pueblo, él que siempre iba a la de unos amigos que tenían la mejor casa de la urbanización, pero ese día para hablar con ella bajó donde se juntaba la plebe.

Como era un sitio público y sabiendo que todo el mundo les observaba se comportó lo más civilizadamente que pudo, sabía que eran la comidilla del lugar y ella era muy comedida y jamás daba escándalos.

Luis intentó besarla pero le rehusó la cara.

—Pilar —dijo Adolfo—, te ruego que vengas a casa, es un favor personal que te pido, te doy mi palabra de honor que Luis no vendrá en estos quince días, no me gusta que mi nuera y mi nieto estén viviendo en unas habitaciones míseras.

—Si estoy viviendo en unas habitaciones míseras, que no lo son, es por vuestra culpa; tengo suficiente dinero para alquilar una vivienda en la urbanización y vosotros lo habéis impedido.

—Pilar —medió Luis—, nosotros no hemos sido, a la gente no le habrá interesado o no habría libres.

—Había de todo, libres y gente interesada, aquí hay personas que me estiman y me lo han dicho; lo que ha ocurrido es que les habéis presionado y nadie se ha atrevido a llevaros la contraria, cuando habéis dicho que aunque nos habíamos separado, nosotros seguiríamos en vuestra casa como todos los veranos.

—Eso son ideas tontas —contestó su suegro autoritariamente—. Además, como ya no tiene remedio, vamos a recoger tu equipaje y te trasladas a casa.

—No voy a ir, Adolfo; conversación terminada y os agradecería que me dejaseis sola, no estoy a gusto en vuestra compañía.

Su suegro puso una cara avinagrada que era para contemplarla, y Luis de miedo por la que le iba a liar su padre; pagaría los platos rotos, eso seguro.

Sólo Elena y Rafael se atrevían a bajar algunas noches a hacerle compañía, y lo agradecía; aparte de ser cuñados habían sido muy amigos y se querían mucho, intentaban, mano a mano, que su amistad no se deteriorase motivada por la separación, aunque era difícil y Pilar sabía que tendrían problemas con su padre los días que la vieran. Don Adolfo dictaba normas de conducta a seguir y el que se salía de ellas era severamente amonestado. Era el patriarca y sus órdenes eran mandatos.

Esporádicamente, algunos amigos se detenían a hablarle en la piscina o en la terraza donde se sentaba, hasta alguna amiga soltera le insinuó que podía salir con su grupo.

Le insistieron más al llegar las fiestas, pero se negó, no deseaba que alguno del pueblo intentara sobrepasarse como todos; allí menos que en ningún sitio quería jaleos que le impidieran por vergüenza ajena pasar los veranos con su hijo donde él quería.

Uno de los días de la fiesta, Luis se hizo el encontradizo, iba sólo y se sentó a su mesa.

—¿Puedo sentarme, Pilar?

Le miró gélidamente, aunque estaba dolida por su abandono había conseguido mantener una actitud digna en su presencia y ni una lágrima asomaba a sus ojos.

—Por mi gusto no puedes sentarte, aunque supongo que lo vas hacer.

—No seas así, Pilar; cuando te miro me parece la sota de bastos. Si te dijese que estoy arrepentido de haberte hablado de la existencia de Susana ¿me creerías?

Calló, qué le podía decir, ¿insultarle?, porque otra cosa y, para qué se iba a molestar, ¿para excitarse y no dormir en toda la noche? Bastante poco dormía de por sí, si empezaba hablar se iba a poner nerviosa y entonces no controlaba, por lo que aquella conversación se podía convertir en el centro de las fiestas, «pues me callo, ya se aburrirá de hablar sólo».

—Sigues con tu idea de no hablarme aun sabiendo que es perjudicial para ti.

Miró hacia otro lado compungido incapaz de resistir su triste mirada.

—Muchas noches pienso lo que nos ha sucedido y no te comprendo, Pilar; no has hecho nada por defender lo que era tuyo, a veces tengo la sensación frustrante de que no me has querido nunca y que la decisión que yo tomé fue un descanso para ti.

—Hagas lo que hagas y digas lo que digas no conseguirás que me sienta culpable, creo que me comporté como debía durante quince años. Es cierto que no siento nada hacia ti, ni hacia nada; me siento como un envoltorio lleno de aire y te agradecería que me dejaras tranquila. Vuelve a tu vida, la que has elegido.

—¿Y si te digo que he cambiado de opinión? Que te quiero, no que te quiero, sino que te sigo queriendo —intentó cogerle sus manos sin éxito—. Podemos poner los dos de nuestra parte y encontrarnos en un punto de reconciliación, por favor, te lo ruego.

—¿Y destruir otra familia? ¿Un niño recién nacido sin hogar? En abril escribiste la última página de nuestra historia y ahora, o te vas tú o me marcho yo. ¡Decide!

Se levantó apesadumbrado, le pareció que sus ojos brillaban con una lágrima y le dio mucha pena, simplemente pena. Qué lástima de amor abocado a un final de derrota y separación, pero lo que sí sentía íntimamente, lo que empezaba a ver claro en su cerebro, es que su corazón no latía por él.

Después de aquel verano fatídico, el peor de su vida, se incorporó al trabajo con buen aspecto y una gran ansiedad interior, dejaría correr el tiempo, tenía decidido que su vida iba a ser su hijo, sus amigos, su casa y su trabajo, se lo dijo así a sus socios en la primera reunión que mantuvieron.

—Estás equivocada, Pilar, no todo el mundo es como la pandilla que has conocido —dijo Juan—, en el mundo hay mucha gente con otras inquietudes, culturales, deportivas, gente sana.

—No la he encontrado y aún no considerándome un portento de mujer, hay algo que debe atraer hacia mí a todos los indeseables que sólo piensan en dormir conmigo, dicho finamente —dijo sonriendo tenuemente—. Cuando tenga unos años más y no atraiga físicamente, supongo que encontraré ese tipo de personas, que sin duda las hay; de momento no me deis la lata, aunque sé que lo hacéis con buena intención; sólo quiero hijo, amigos, casa y trabajo, así que os va a venir bien porque os voy a descargar de trabajo.

Enrique recibió la llamada de un amigo suyo que hacía años que no veía. Se habían conocido en su época de estudiantes viviendo en el mismo colegio mayor y habían continuado su amistad hasta que terminados los estudios sus respectivos trabajos les habían separado.

Sabía por otros amigos que Miguel no se había casado y que viajaba mucho por motivos profesionales, ya que era arquitecto y hacía proyectos en el extranjero. Quedaron para comer al día siguiente.

Durante la comida hablaron sin cesar de los viejos tiempos. Miguel era un hombre muy educado y con una gran cultura, con el que se podía conversar durante horas.

Había escrito un libro y estudiaba la posibilidad de pasarlo a ordenador para poder presentarlo al editor y ese era el motivo por el que había pensado que a través de su trabajo podía tener contactos con alguien que lo hiciera, o bien realizarlo en su propia empresa.

Escuchándole, Enrique tuvo una idea.

«Esto lo podría hacer Pilar, pensó, le serviría de distracción y Miguel es un hombre encantador, podrían encajar perfectamente.»

Algo le decía en su interior que no se metiera en vidas ajenas, pero quería mucho a Pilar y veía una posibilidad, aunque fuese remota, para que por lo menos se distrajera y no pensara tanto en su soledad.

—Conozco la persona idónea para que lo pase a ordenador, es mi socia y una persona muy capacitada que realizará un buen trabajo.

—Si es tu socia no sé qué decirte —contestó dudoso—, hay un problema que no te había comentado y es que por mi trabajo viajo bastante y lo que tengo más libre son los fines de semana, tendríamos que vernos para correcciones en esos días y no sé si ella estará dispuesta a trabajar en fin de semana.

—Por eso no hay problema, está atravesando una crisis personal porque se ha divorciado y se dedica exclusivamente a trabajar; le servirá de distracción el estar ocupada con un trabajo distinto del que realizamos en la oficina. Si te parece vienes a comer a mi casa el sábado, conoces a mi mujer y a mis hijos y hacemos un planteamiento de trabajo.

—De acuerdo, tengo ganas de conocer a tu mujer, tiene que valer mucho para haberte cazado y soportarte tantos años.

—Sí, vale mucho, no es porque sea mi mujer. Miguel —dudó antes de preguntarle—, ¿tú no te casaste, verdad?

—No, no me casé y me alegro, casi todos los amigos que lo han hecho están divorciados o a punto. A veces cuando veo parejas felices siento un poco de envidia, los años pasan y me encuentro muy solo, pero...

—Cualquiera que te oyese creería que eres un anciano.

—Un anciano no, ni mucho menos, pero tengo cuarenta y seis años, igual que tú, ¿no?

—Sí, recuerdo cuando salíamos por ahí de juerga, hasta que tú no encontrabas pareja, los demás no teníamos nada que hacer.

—Más o menos todo sigue igual —contestó ruborizándose—, pero siento no llevar una vida más estable.

Se citaron para el sábado, Enrique estaba contento, le parecía que iba a hacer bien presentando a dos amigos. Se lo comentó a Pilar, sin hacer referencia a sus pensamientos, y no puso ninguna objeción; ese fin de semana Luis lo pasaba con su padre y ella estaba libre.

A la que no le gustó nada la idea fue a Elisa, además no le gustaba que reanudase su amistad con Miguel, recordaba la vida alocada que habían llevado de solteros y temía que, al volver, la amistad se reanudase.

Estaba en su contra antes de conocerle pero cuando llegó se disiparon sus temores y le agradó, pensó que casi en exceso. Era muy atractivo, alto, mediría casi dos metros, con un físico atrayente, muy moreno, parecía casi un gitano, y le regaló el *bouquet* de flores más bonito que había recibido en su vida.

Caballeroso, besó su mano saludándola con toda deferencia. Pasaron al jardín, estaban a primeros de octubre, hacía un buen día y decidieron comer allí.

Cuando llegó Pilar, salió a abrirle con Queco, su hijo pequeño; era la debilidad de ella y a la vez del niño, siempre le llevaba algún regalo y el crío la adoraba.

—Pilar, cada vez que te veo estás más alta, más delgada, más guapa y con una ropa que para mí la quisiera; no sé cómo lo haces.

—No te quejes, Elisa, que tienes un marido que te compra todo lo que quieres y pídele a Dios que no estés delgada ni tengas dinero para ropa por los mismos motivos que yo.

—Tía, ¿qué me has traído? —preguntó Queco.

—Toma tesoro —le dijo dándole un sonoro beso—, un peluche para la *cole*.

El niño como loco se fue con su muñeco a enseñárselo a su padre.

—¡Papi, mira lo que me ha traído la tía!

—Pilar malcría a este niño —le comentó—, ha llegado a destiempo y es el muñeco de todos y de Pilar en especial.

—Es una delicia tu familia, tu casa, me alegra verte tan feliz —dijo Miguel.

—Pilar —dijo Elisa—, estamos en el jardín con el amigo de Enrique tomando el aperitivo.

—Voy a ponerme un jerez, ahora voy.

Elisa volvió al jardín e inmediatamente se levantaron los dos hombres.

—¿No era Pilar la que había venido? —preguntó Enrique.

—Sí, se está sirviendo un jerez, ya sabes que es lo único que bebe.

Miguel estaba entretenido admirando las flores, ahora no le apetecía tener que ponerse a trabajar sobre su libro con aquella señora que había venido, estaba pensando que hubiera sido más agradable pasar el día sólo con sus amigos, le gustaba aquel ambiente familiar, pero ya no tenía remedio.

Al momento bajó Pilar, Enrique se emocionó al verla, no defraudaba nunca las expectativas que se ponían en ella, esperaba tener suerte en aquella pequeña aventura en la que se había embarcado.

—¡Hola Pilar, buenos días!

Al oír que entraba la socia de Enrique, Miguel se giró quedando sorprendido: la mujer que entraba no era ninguna niña, pero tampoco era una señora de edad como él había imaginado, tendría de treinta a cuarenta años, muy alta, delgada, rubia, bien vestida y muy atractiva.

—Pilar —dijo Enrique besándola—, te presento a mi amigo Miguel.

Contra su costumbre, le cogió la mano y la llevó hacia sí para darle un beso y, ante su sorpresa, vio que ella se ruborizaba y se echaba hacia atrás violenta. Al percatarse de que no le agradaba, inmediatamente le besó la mano.

—Encantado de conocerla —dijo mirándola directamente a los ojos.

«Y qué ojos, pensó, de color claro, indefinido, ¿serán azules, grises o verdes? Lo tengo que averiguar.»

Estaba inquieta, aquel hombre no soltaba su mano; la miraba a los ojos abrasándola con la mirada, le corrió como una corriente eléctrica por el cuerpo y, además, la había querido besar. ¡Era un estúpido! Contestó secamente:

—Igualmente.

—Me había hecho una idea tan contraria de cómo sería la socia de Enrique, que me ha dejado usted sorprendido.

Su voz le resultó acariciadora y suave, profunda; escuchándola sintió la sensación de que entraba dentro de su cuerpo, pensó que la estúpida era ella y continuó hablándole secamente.

—No es conveniente hacerse ideas preconcebidas de las personas que no se conocen; de todas formas, no comprendo en qué sentido dice que su idea ha sido contrariada.

—Suponía que sería una persona mayor, de la edad de Enrique, con gafas, sería... en fin, todo lo contrario.

Su mirada seguía presa en aquellos ojos negros que la tenían cautiva aún contra su voluntad, que estaba empezando a flaquear; quería rehacerse, comportarse como una persona normal y, aunque sus palabras lo conseguían, su mirada, presa en la suya, delataba su nerviosismo.

—No estaba confundido, tengo treinta y seis años, utilizo lentes de contacto y no soy precisamente alegre —dijo sonriendo y, sin embargo, distante—. Y por favor, si no te importa, si vamos a trabajar juntos, sería mejor que nos tuteáramos.

Enrique, que conocía a Pilar perfectamente, se dio cuenta de que aquél no había sido el mejor comienzo, probablemente de nada, así que inició en la comida una conversación distendida.

El almuerzo fue ameno, comía con ellos Queco y según fue pasando la comida hablaban alegremente, aunque Miguel no cesaba de mirar a Pilar en exceso y ella estaba cada vez más violenta.

Cuando terminaron, se pusieron a trabajar sobre el libro en una mesa aparte. Trataba sobre arquitectura medieval y era muy interesante. A ellos les encantó el tema ya que se salía completamente de los asuntos cotidianos de la oficina, comentaron cómo insertarían los planos y fotos a través de un escáner. Pilar sabía perfectamente cómo realizarlo y enseguida preparó un plan de trabajo en el que se incluían las correcciones, apuntes, etc. Los días que Miguel pudiera, sin ninguna objeción, era una profesional y cuando hablaba de trabajo se encontraba distendida.

Mientras Enrique atendía una llamada telefónica, siguieron elaborando planes, aunque al quedarse solos Miguel demostró más intimidad, o así se lo parecía a ella.

Le estaba empezando a gustar mucho aquella mujer, se daba perfecta cuenta de ello y tenía costumbre de conseguir todo lo que quería; le daba rabia la distancia que imponía, su proceder era cortante, aunque su mirada se turbaba al cruzarse con la suya. Hipnotizado, miraba sus ojos, porque, cosa curiosa, ahora los tenía grises como el acero.

Cuando volvió Enrique y como la planificación del trabajo estaba muy adelantada, propuso ir a preparar un cóctel de cava para tomar un refresco, por lo que los dos fueron a la cocina.

Se tumbaron tomando los últimos rayos de sol en el jardín.

—Qué hombre más atractivo es Miguel, ¿verdad Pilar?

—A mí me parece un presuntuoso.

—¿No te gusta?

—En absoluto.

—Pues tú a él sí, no hay más que ver cómo te mira.

—No me gusta —contestó alterada—, se tiene creído que es guapo, no sé por qué, porque no lo es; me parece un estúpido engreído, como dice una canción.

Elisa se ratificó en su idea primera. Enrique no tenía que haberse inmiscuido en vidas ajenas.

Mientras, los hombres en la cocina preparaban el cóctel.

—Pilar me parece una persona muy atractiva y atrayente.

—¡Cuidado! —advirtió Enrique muy serio—, por ella y por mí, te lo advierto.

—No dramatices, somos personas adultas, no le voy a ocasionar ningún mal.

—Lo sé, pero no pienses que es cualquiera de las chicas que acostumbras a tratar; ella ha sufrido mucho con su separación y tanto Juan como yo la protegemos lo más que podemos evitándole en lo posible disgustos innecesarios.

—Lo único que pretendo es distraerla un poco y disfrutar yo a su vez, tengo cuarenta y seis años, ya me he dado cuenta de que es una dama en todo el amplio sentido de la palabra, te voy a decir más, no la conozco prácticamente y casi podría asegurarte que no me importaría ya que lo fuese.

—¡Que fuese qué! —replicó enfadado.

—Mi dama, ¿es lo que te he dicho!

Enrique le miró fijamente buscando la sinceridad de sus palabras, aunque hacía muchos años que no trataba a su amigo, le conocía lo suficiente para saber que estaba hablándo sinceramente, parecía que su idea no había sido tan descabellada.

—Cuando volvamos, si te parece, podemos ir a cenar a un pequeño restaurante italiano que conozco, y después a bailar: me apetece enormemente tener en los brazos a Pilar.

Enrique más relajado se rió a carcajadas.

—No te rías, te lo estoy diciendo en serio; te parecerá precipitado, pero me apetece ¡ya!

—No, si me río es porque la conoces tan poco que crees que con ella todo es muy sencillo y es todo lo contrario. Es una gran persona pero hay veces, últimamente, que reacciona extrañamente. Ve despacio que es muy susceptible.

—¿Vosotros podéis dejar al niño con los mayores?

—Sí.

—Pues entonces déjalo de mi cuenta.

Volvieron con el cóctel de cava, que les pareció exquisito; habían pasado un buen día y estaban todos contentos. Hasta Pilar, que últimamente no disfrutaba nada más que con su hijo o su trabajo, había pasado un buen día.

Hablaban sin cesar cuando empezó a caer la tarde. Miguel dijo mirando directamente a Pilar.

—Esta noche vamos a llevar a las señoras a cenar a un restaurante muy acogedor que conozco, a tomar unas copas y a bailar, ¿qué os parece?

Enrique pensó: «cómo considerará Miguel que hay que ir despacio con Pilar».

Elisa: «Dios mío, considera que es un estúpido engreído y da por hecho que va a salir con él».

Y Pilar: «Si cuando yo dije que era un estúpido engreído... ¿se ha creído que me puede manejar como a una marioneta?».

Y estalló la tormenta:

—Discúlpame, las *señoras* no lo sé, pero yo todavía no tengo necesidad de que me tengan que llevar ni a cenar ni a pasear ni a bailar.

Las palabras le salieron cortantes y duras. Sus preciosos ojos se anegaron de lágrimas.

Contempló asombrado cómo se tornaban azules como el mar transparente, se levantó nerviosa y salió casi corriendo hacia el cuarto de baño.

Él se levantó para intentar alcanzarla, pero Enrique le detuvo.

—Déja que se tranquilice; no creas que es grosera, nada más lejos de su forma de ser, pero ya te he dicho que está muy susceptible. Tienes que conocer algo más para comprenderla, antes te he dicho que estaba separada y lo está. Ha sufrido demasiado, su marido la abandonó por otra persona y ha habido más de uno que ha intentado salir con ella... ya me entiendes —dijo azorado— y no tiene capacidad de discernir.

—Siento haberle dado un disgusto tan estúpido —contestó apenado—, cuando lo que quería era que pasáramos un rato agradable.

—Yo comprendo lo que le ocurre —dijo Elisa—. Piensa que todo el mundo quiere aprovecharse de que está sola y le duele su soledad tremendamente, ya que no ha sido buscada sino impuesta.

Transcurrió un tiempo, hasta que entró Queco con cara de susto, traía un papel en la mano y miraba a los mayores sin saber qué hacer con él, su padre se lo recogió. La nota era de Pilar, se había marchado.

«Por favor, disculpadme, soy una estúpida y no me encuentro con fuerzas para continuar. Pedidle disculpas a vuestro amigo en mi nombre. Pilar.»

Enrique la leyó en voz alta, estaba pesaroso por los dos. ¡Maldita hora en que se le había ocurrido la brillante idea de presentarlos!

—¡Por Dios! No podéis dejar que se vaya conduciendo en esas condiciones.

—No te preocupes, es muy responsable y antes de coger el coche se dará una vuelta; además, Pilar cuando llora lo hace con ganas y por mucho tiempo.

Miguel se levantó despidiéndose de ellos.

—No puedo permitir que se vaya en esas condiciones por mi culpa, voy a ver si la encuentro para pedirle disculpas.

—Te advierto, Miguel, que es mejor que la dejes sola; yo la conozco mejor que tú.

—Tú la conoces como amigo suyo y yo la veo desde otro prisma totalmente distinto, es una persona que en las pocas horas que la he tratado ha calado dentro de mí profundamente. Por favor, déjame hacer a mí, peor no creo que lo haga.

Diciendo esto salió en su busca.

Dando un beso a Queco salió corriendo de casa de sus amigos. Al ver que había un utilitario aparcado detrás del suyo supuso que sería su coche, lo que le serenó al comprobar que no se había marchado y podría encontrarla. Caminó sin rumbo fijo; hacía mucho que había salido de la casa y no sabía hacia dónde habría ido.

Dio varias vueltas a los chalés cercanos, por donde no había prácticamente nadie y la habría visto con facilidad; cada vez que pasaba por la calle de Enrique miraba comprobando que el coche seguía aparcado.

La tarde se estaba tornando tormentosa y temía que no la iba a encontrar, observó que al fondo había un parque frondoso y hacia allí encaminó sus pasos, era un lugar agradable y pensó que podría estar por esa zona; efectivamente, la vio a lo lejos paseando por la orilla de un riachuelo, no había nadie por allí.

—¿Puedo caminar a tu lado?

Le miró sorprendida, tenía los ojos enrojecidos.

—Si no te importa caminar con una estúpida, sí gracias.

Anduvieron en silencio durante mucho tiempo. Notaba que Pilar lloraba, aunque no lo pudiese ver al llevarla a su lado y ser más baja que él.

—Te ruego que me disculpes por la forma tan brusca que he tenido de tratarte —pidió en un susurro.

—No tengo que disculparte nada. Soy una mal educada, yo tengo mis propios problemas y no debo descargarlos en otras personas y menos en ti, que no te conozco —suspiró pesarosa—. Enrique y Elisa están acostumbrados a mi mal carácter y, como me quieren, me soportan.

—Me gustaría que me consideraras también tu amigo y me llamaras para tus descargas de mal carácter.

Pilar sonrió, había tenido un buen detalle buscándola y acompañándola y le estaba agradecida. Empezaba a anochecer y a refrescar, le dio un escalofrío, quitándose su chaqueta se la echó por los hombros, su calor la reconfortó y su olor la embriagó.

Anduvieron lentamente, Pilar comenzó a relatarle su vida, ella misma estaba asombrada de la confianza que le demostraba: le habló de su hijo, de lo orgullosa que estaba de él, de cómo había madurado a raíz de su separación y de lo bien que se había adaptado a la nueva situación que vivían.

—Tengo un hijo maravilloso, es mi alegría, se ha adaptado muy bien a la situación que vivimos actualmente. Nuestra vida es muy distinta a la que teníamos cuando vivíamos con su padre. Nos hemos trasladado al piso de Madrid, pasa los fines de semana con su padre, se lleva bien con la persona que vive con él y está encantado con su nuevo hermano.

—Debe ser duro vivir una situación semejante.

—Bastante; es difícil de asumir, la persona que se enamora de otra lo va haciendo poco a poco y va perdiendo el afecto por la otra de la misma manera, yo de pronto me encontré sin el suelo y el cielo, después de tantos años es bastante decepcionante. Además, esas situaciones nunca piensas que te van a suceder a ti —sonrió levemente—. Será mejor que dejemos de hablar de penas y de mí.

—De ti puedes hablar todo lo que quieras, de tu pasado lo mejor es irlo dejando a un lado, como si hubiese sido un mal sueño.

Mientras caminaban les iban cayendo gotas, llovía tenuemente.

—¿Te molesta la lluvia?

—No, estoy tranquila, no sé si te lo podrás creer, pero hacía seis meses que no estaba pasando una tarde, o lo que queda de ella, más feliz.

—Tú sí que no te imaginas lo feliz que me haces a mí hablándome así. No pienses que pretendo pasar solamente un rato agradable contigo, pero nunca había paseado con una mujer bajo la lluvia mojándome a modo y disfrutando con ello, esto me hace pensar que me haces sentir algo más, pero no me preguntes el qué.

Pilar se echó a reír. Estaba empezando a llover mucho, su camisa la llevaba pegada al cuerpo y ella tenía cada vez más frío.

Miguel miró alrededor, dándose cuenta que se habían alejado de cualquier lugar civilizado y la lluvia arreciaba fuerte, sentía a Pilar tiritando a su lado y sintió un fuerte impulso de protegerla, le echó por encima del hombro su brazo y cogiéndola de la mano intentó darle calor.

Se estaban empapado, vio una marquesina cercana y corriendo se guarecieron de la lluvia. Le ayudó a ponerse su chaqueta pero seguía tiritando. Para evitar que la lluvia le diese de frente se colocó delante de ella, muy cerca, demasiado, sentía su olor mezclado con el de la tierra mojada que le iba penetrando profundamente.

—Me encanta el olor a tierra mojada, me emociona —dijo Pilar sin atreverse a mirarle.

Él no contestó, la abrazó tratando de impedir que tiritara y ella, después de un momento de indecisión, le correspondió apoyando la cabeza en su pecho.

Así transcurrió mucho tiempo, era reconfortante sentirse acompañados; Pilar tenía un dulce sabor en la boca, sentía la firmeza caballerosa de Miguel tratándola con delicadeza y la emocionaba.

Despacio, como si fuese de puntillas, levantó su barbilla para contemplar sus ojos cerrados, acercó sus labios pidiendo no sabía a quién, que aquella delicada mujer no detuviese su beso, lentamente posó sus labios sobre los suyos temblorosos.

Le daba vergüenza corresponder a aquel beso, hacía tan pocas horas que se conocían, pero perdió la noción del tiempo. No supieron nunca, por más que lo pensaron, qué tiempo había transcurrido durante aquel beso.

Lentamente volvieron a aquella marquesina. Miguel era totalmente feliz sin saber muy bien por qué; parecía que el corazón le iba a explotar.

Pilar estaba azorada, no comprendía cómo se había podido comportar de aquella manera y no sabía dónde mirar, porque a él no podía.

Volvió a coger su barbilla y levantó su rostro: estaba encendido; y los ojos, aquellos ojos hermosos, brillaban como si tuviesen luz dentro; la besó dulcemente en los labios prendido en su mirada.

Sorprendentemente para Pilar, le devolvió el beso y la mirada.

—Te voy a decir dos palabras, Pilar —dijo con su voz profunda—, sólo dos y estoy completamente seguro de lo que digo. Te quiero.

—Por favor, no me conoces de nada —estaba otra vez ruborizada y había bajado los ojos.

—Nunca había estado con una mujer besándola y abrazándola mientras llovía, sin esperar nada a cambio y sin importarme el tiempo ni el lugar. He dicho muchas veces en mi vida «te quiero» a muchas mujeres, pero no como te lo digo a ti: te quiero.

Se deshicieron del abrazo y anduvieron hacia el coche, la llevaba cogida del hombro muy pegado a ella. Tímidamente Pilar pasó el brazo por su cintura.

—¿Te gustaría llevarme a cenar a un restaurante italiano pequeño y muy íntimo? Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—Te llevaré a cenar —contestó Pilar dulcemente.

Estaban llegando a casa de Enrique y Elisa. Al ver su coche le resultó escandalosamente llamativo, en un momento pensó que no le iba a decir que el que estaba delante del suyo era de él. Tenía mucho dinero y el coche era muy lujoso, tuvo la certeza de que si se enteraba de su fortuna podía ser negativo para su relación y decidió omitirlo.

—¿Quieres que llamemos a Enrique y nos vayamos juntos a cenar?

—Me da vergüenza, prefiero ir sola contigo.

Queco jugaba por allí con unos amigos, cogió un bloc de notas y escribió una para Enrique.

«Enrique. Esta tarde he sido feliz después de mucho tiempo, no de seis meses, sino de mucho tiempo... Gracias. Pilar.»

Al ir a dársela al niño, Miguel se la quiso quitar para ver lo que había escrito, empezaron a jugar, corría detrás de ella riéndose a carcajadas y Queco, jugando también, se metía entre sus piernas y daba saltos intentando coger la nota como le decía su tía; después de varias vueltas se encontró con la tapia de un chalé a su espalda y a él de frente sin dejarla salir; alzaba la mano lo más que podía tratando de impedir que la cogiese, pero como era más alto llegaba sin ningún problema, casi la tenía cogida cuando consiguió dársela al niño que estaba debajo de ellos diciéndolo:

—¡Corre, llévaselo a papá!

Queco corrió con Miguel detrás. No le alcanzó, no iba detrás del niño, llegó al coche y se detuvo de espaldas. Al ver que no había intentado sujetar al niño, se acercó andando tranquilamente para ver qué hacía; al volverse tenía el bloc donde había escrito la nota sombreado a lápiz y se podía leer perfectamente el mensaje.

—Soy más listo que tú —dijo riéndose—. Gracias.

No dijo nada, estaba contenta y avergonzada al propio tiempo.

—¿Me lleva la señora a cenar?

—¿Cómo que si te llevo? ¿Y tu coche?

—Lo tengo estropeado, he venido en un taxi.

El niño había entrado en la casa y Elisa y Enrique les miraban discretamente desde la ventana, felices de verles.

Sacó las llaves del bolso y se las dio.

—¿Por qué me das las llaves de tu coche?

—Para que me lleves.

—¿Es que tú no conduces?

—Sí, claro que conduzco, pero cuando voy con un hombre nunca llevo el coche yo, no me gusta que me critiquen gratuitamente.

—Yo no te voy a criticar, ¿no te da miedo que te lo estropee?

—A mí no, en absoluto; pero... aunque lo rompieras, convéncete que no lo voy a llevar yo.

Abrió la puerta y se introdujo dentro; lo mismo hizo él, sólo que con gran dificultad, no sabía cómo meter las piernas en un coche tan pequeño; no cesaban de reír los dos.

—No entro en este coche tan pequeño, ¿cómo puedes conducir aquí?

—Yo no soy tan alta, de todas formas mueve el asiento, hay una palanca que para eso está, ¿no?

Con dificultad consiguió colocarse para conducir un poco mejor.

—Este volante ¿no sube?

—Le estás sacando muchas faltas a mi coche, ¿tú qué tienes un fórmula uno?

—Qué más quisiera yo, pero el mío es más cómodo.

—Es la costumbre. Tienes que quitar el cortacorriente que está a tu izquierda abajo, es una palanca, la mueves al contrario de donde esté.

Empezó a buscarla introduciendo la mano debajo del salpicadero, pero no había forma de que la encontrase.

—No la encuentro, la vas a tener que quitar tú.

Se bajó del coche, dio la vuelta y agachándose a su lado encontró la palanca y se pudo poner en marcha el coche.

—¡Eso lo podías haber hecho sin moverte de tu asiento! – exclamó riéndose.

—Sí, saltando por encima de ti, ¡si ocupas todo el coche!

—Ya te he dicho que este coche es muy pequeño.

En la puerta del restaurante se detuvo nerviosa.

—Me da vergüenza entrar en este restaurante con este aspecto, toda arrugada después de la mojadura.

—Estás guapísima.

Les trajeron dos cartas y él las cogió.

—Me gustaría, si no te molesta, elegir por los dos, si te gusta...

—Contigo me pasa una cosa muy curiosa, me parece normal todo lo que dices... aunque no lo sea.

Había elegido un plato de pescado y al traérselo les preguntaron si se lo preparaban. Pilar le preguntó muy bajo.

—Me gustaría preparártelo yo, ¿puedo?

—No hay nada que me pueda agradar más, casi te diría que no me lo comería y lo pondría en un marco.

Mientras cenaban hablaron de sus gustos, de los viajes que habían hecho, de los lugares comunes que conocían...

—Pilar. Me gusta mucho tu nombre, pero si me permites, me gustaría cambiártelo por otro.

—Denegado, sólo me falta que me llames Pili o Maripili, con el trabajo que me ha costado que todo el mundo me llame Pilar.

—Te lo voy a cambiar digas lo que digas, quiero llamarte por un nombre que sólo yo utilice, por un nombre que nadie se atreverá a utilizar. Para nombrarte a partir de ahora, siempre te llamaré Milady.

—¿Milady?

—Sí es una palabra inglesa, ¿sabes lo que significa?

—No, porque no me gusta ese idioma, aunque me encante Inglaterra.

—Significa «mi dama», y eso vas a ser tú para mí; no lo has sido, pero lo eres y lo serás mientras yo viva: Milady, y nadie te llamará como yo.

—Qué dramático, te advierto —dijo sonriente— que yo no soy *mi* de nadie.

—De nadie está claro, pero de mí ya lo eres; me temo que no dejaré nunca que seas de otra persona.

—Por favor —contestó ruborizándose—, no hace veinticuatro horas que nos conocemos y no cesas de decir tonterías.

Desde el restaurante fueron andando a un club que había cerca para bailar. Al entrar no se veía nada, la oscuridad era casi absoluta.

—¿Me has traído a un antro? —preguntó asustada.

—No te he traído: vinimos; y no es un antro, es un lugar ideal para enamorados.

—¿Dónde están aquí los enamorados?

—Somos nosotros –susurró.

—Perdona, no me había dado cuenta –respondió más bajo todavía.

Continuando con su costumbre, pidió una botella de cava, disponía lo que le parecía bien hacer y Pilar, que había sido siempre independiente, estaba encantada con sus decisiones.

—¿Sabes que me está encantando que a mis treinta y seis años alguien piense por mí?

—Ten presente que yo nunca decidiré nada malo para ti.

Estaban sentados muy juntos y hablaban en un susurro de sus cosas.

—¿Te gusta que te llame Milady?

—Me emociona –contestó con sorna.

—No seas irónica; he pensando que si alguna vez tenemos un hijo no se llamará como yo, porque no quiero que pronuncies mi nombre a nadie más que no sea yo.

—Por favor, me vas a volver loca –dijo sonriendo–, me aseguras que si tenemos un hijo no se va a llamar Miguel ¿y a las personas que conozca que se llamen así? ¿Cómo quieres que las nombre?

—Cuando pronuncies mi nombre no lo harás de la misma forma que a otras personas. Ven –dijo tirando de su mano– vamos a bailar.

Cuando la cogió entre los brazos tuvo un estremecimiento, dudaba si estaría haciendo bien entregándose a un hombre que no conocía y, cuando hacía tan poco tiempo que se había separado de Luis. Decidió desechar sus prejuicios y vivir el momento. Bailaron hasta que cerraron el club, encantados de estar el uno en brazos del otro, dejándose mecer por la suave música.

Le acompañó a casa, abrió el portal con su llave y llamó al ascensor. Le hubiese gustado continuar con ella toda la noche y toda la vida, pero comprendía que debía ser prudente, le dio un fugaz beso de despedida.

—¿Te importa que me lleve tu coche?

—No.

—¿Y si soy un ladrón y no vuelves a verlo?

—Los ladrones tendrán cosas más interesantes que robar.

—A ti por ejemplo. Mañana te recojo a las dos, comemos juntos y te lo devuelvo.

Poniéndose de puntillas, dejó un beso en su mejilla y apresuradamente se metió en el ascensor, temía hacer una locura si seguía allí con él.

Al despertar, recordó los acontecimientos del día anterior; le parecía imposible que hubiese conocido a un hombre como Miguel y que hubiese pasado con él tantas horas, ¿cuántas? –se preguntó.

Había ido a casa de Enrique al mediodía y le había dejado en el portal de madrugada ¿dieciséis horas con un desconocido? No era posible.

Sin embargo, recordaba todo lo sucedido, salvo pequeñas lagunas como el tiempo transcurrido bajo la marquesina ¿qué había ocurrido? ¿Cómo era posible que hubiese abrazado y besado a un señor que acababa de conocer?

Y después, había ido a cenar y a bailar con él, si se le podía llamar bailar, porque lo que estuvieron haciendo fue meciéndose al son de la música.

Todo parecía un sueño y se arregló para salir a comer con el sueño, si es que volvía, de lo que no estaba muy segura.

Hacía buen día y eligió un pantalón corto, una blusa y una chaqueta larga, todo en color tostado que le favorecía bastante, ahora que estaba morena.

Lo hacía por si volvía Miguel, algo que dudaba. Cuando se despertara y recordara que había estado con una señora no muy joven, teniendo tan buena planta aunque no fuese un niño...

¿Podría ser mi príncipe azul? –pensó sonriéndose a sí misma–. Podría serlo, pero es difícil que yo sea su dama, como decía anoche.

Mientras, Miguel al levantarse pensaba también en Milady, no salía de su asombro pensando en cómo había conocido a la mujer de su vida, porque él sí estaba convencido de que significaba todo para él.

Estaba dichoso, aunque pesaroso, por haber iniciado su relación con una mentira, convencido de que si sabía que era el dueño, junto con su amigo Carlos, de un estudio de arquitectura importante y que su familia era multimillonaria y con muchas posesiones, eso influiría negativamente en su relación. Aunque él no fuese una persona ociosa y trabajase en una profesión que le encantaba.

Antes de ir a recogerla a su casa habló con Enrique. Le comentó lo ocurrido la noche anterior sin entrar en interioridades, que por otra parte su amigo escuchaba entre líneas y también le dijo que no quería que supiese nada de su situación económica, a lo que le dio la razón.

—Tienes toda la razón, en poco tiempo te has dado cuenta de cómo es Pilar. Es muy especial y no sabes nunca cómo va a reaccionar ante una situación como la tuya.

—Si te parece, voy a ir con un taxi a recoger mi coche, lo dejé ahí y me traje el suyo; recojo también el manuscrito para llevárselo a su casa.

—Te esperamos.

—Espero que me ayudes, Enrique; estoy convencido de la importancia de haberla conocido.

—Cuenta conmigo.

Hizo todo lo previsto y recogió también una bolsa con lo necesario para un viaje que tenía que emprender esa noche a Colonia y fue a buscarla.

Al sonar el timbre abrió sin pensar que fuese él, pensaba bajar al aparcamiento por si venía, cosa que seguía dudando.

Y allí estaba, de pie, en la puerta, igual de moreno que la noche anterior, impecablemente vestido de *sport*, atrayente, demasiado quizá; pensó en las palabras que le había dicho a Elisa «es un estúpido engreído que se tiene creído que es guapo» y reconoció para sí misma que, o engañaba con facilidad o se había equivocado totalmente.

Sonriendo, se inclinó para besarla en los labios, pero Pilar le puso una mejilla sonriendo pícaramente.

—Iba a bajar al aparcamiento.

—Me lo imaginaba –contestó entrando tranquilo—. He subido porque tenía que traer el manuscrito para que vayas trabajando en él... y mi bolsa de viaje, ya que esta noche me marchó a Colonia.

Su asombro no tenía límites, pero en lugar de enfadarse como habría hecho antes de conocerle le contestó riendo.

—¡Esto es asombroso! ¿Piensas quedarte aquí todo el día?

—Todo el día no: hasta las once, que tomaré un taxi para ir al aeropuerto. Pero yo vengo a trabajar, no pienses mal de mí.

—No pienso mal y... no tengas la menor duda de que en mi casa lo que vas a hacer es trabajar en el manuscrito –contestó muy seria.

—Milady no te enfades –le hizo una caricia cariñosa en la mejilla–, ¡vámonos a comer, que tengo un hambre atroz! Por cierto, todavía no te he dicho que estás guapísima.

—Tú también.

—Yo de guapo no tengo nada, gracias a Dios.

Se marcharon riendo a comer a las afueras de Madrid. Hablaban de sus cosas y del trabajo que tenían que realizar, más hablaba Pilar del trabajo que Miguel, él se entretenía mirándole a los ojos, acariciándole la mano, feliz como un niño.

Ruborizándose, le regañaba.

—Miguel, haz el favor de comer y dejar de hacer el tonto, ¿no decías que tenías hambre?

—Y la tengo, pero no de comida.

—Deja de mirarme que la gente que está a nuestro alrededor nos observa, debemos de parecer dos bichos raros.

—No, lo que parecemos es lo que somos, dos enamorados y, nos miran porque nos envidian.

Después de comer fueron a su casa a trabajar. Era un caballero y, además, comprendía que en su casa se tenía que comportar como tal.

Pilar empezó a pasar el manuscrito al ordenador. Le preguntó si quería escuchar música o ver la televisión, ya que no deseaba que estuviera mirando mientras trabajaba y lo instaló en el salón.

De vez en cuando salía a preguntarle alguna palabra que no comprendía. Una de las veces le encontró dormido en el sillón.

Le enterneció, parecía un niño dormido; cogió una manta de viaje y se la echó por encima para que no se quedase frío.

Al rato entró Luis. Al pasar por el salón y ver a un señor durmiendo, extrañado fue a saludar a su madre.

—¡Hola, mamá! ¿Quién es ese señor que está durmiendo ahí?

—Es un amigo de Enrique y mío al que estamos pasando un trabajo a ordenador. Es un libro sobre arquitectura medieval muy interesante, te va a gustar.

—Voy a ponerme a estudiar, mañana tengo un examen y por eso he venido pronto.

—¿Tienes que preparar algo en el ordenador? —preguntó a su hijo.

—De momento no, pero luego me va a hacer falta.

—Cuando lo necesites, me lo dices.

Estuvieron toda la tarde trabajando y estudiando. Ella escribía y a la vez tarareaba una canción, el niño se percató de inmediato que su madre estaba cambiada y no salía de su asombro.

Le estuvo haciendo caricias, riéndose de bobadas en algún paréntesis que hacían para descansar. Pasaron un buen rato juntos, hacía meses que su madre no se comportaba como antes.

Cuando le hizo falta el ordenador a Luis, se recostó en la cama y le dijo que, mientras, iría adelantando notas, preguntas... Al momento la miró y vio que se había quedado dormida con los papeles en la mano.

Estaba contento sin saber el motivo, lo que sí sabía es que su madre hacía mucho tiempo que no dormía bien y tampoco dormitaba como en los tiempos en que vivían los tres juntos, que siempre se reían de ella porque decían que dormía como una marmota.

Cuando terminó de estudiar y preparar el examen fue al salón a ver la televisión. Ya no se acordaba de aquel señor que estaba durmiendo allí. En silencio, se sentó en su sillón y puso la televisión baja para no molestar.

Miguel se despertó y vio allí al chico, era agradable, tenía un aire a su madre y era bastante alto para la edad que suponía podría tener, de catorce a dieciseis años.

—¡Hola! Perdóna por haberme quedado dormido, me llamo Miguel —dijo extendiendo la mano para saludarle—. Tú debes de ser Luis.

—Sí, ¡qué hay! ¿Te he despertado al poner la televisión?

—No, no —miró el reloj asustado—, ¡qué barbaridad! Llevo durmiendo tres horas, la verdad es que me aburría sin hacer nada.

—Me imagino; mi madre te habrá echado si estaba trabajando, dice que se pone nerviosa si la miran.

—¿Sigue trabajando... —dudó un poco y terminó diciendo su nombre, pensando que era lo mejor delante de su hijo— Pilar? Ya lleva mucho tiempo.

—No qué va, se ha quedado dormida en mi cama, es asombroso.

—¿Por qué? Tiene que estar cansada, lleva toda la tarde trabajando.

—Es que duerme muy mal. Se pasa los fines de semana trabajando y nunca se cansa, dice que es su vía de escape.

Hubiera deseado pasar al dormitorio de Luis para verla dormir y taparla como había hecho ella en un gesto cariñoso, pero no se atrevió.

Durante un tiempo vieron un partido de baloncesto en silencio, pero enseguida empezaron a hacer comentarios sobre las incidencias que ocurrían en el terreno de juego.

—Voy a tomar una *cocacola*, ¿quieres algo?

—Si hubiera una cerveza me la tomaría.

—Ven conmigo a la cocina, no sé lo que habrá, pero cerveza seguro que no, porque no la toma nadie.

Le siguió a la cocina tranquilo, el chico lo trataba con toda normalidad, cuando abrió el frigorífico soltó una exclamación de asombro.

—¡Arrea! Pues hay cerveza. No lo comprendo.

Miguel miró dentro sonriendo, Milady era un sueño, había cerveza negra de la misma marca que a él le gustaba.

—¿Es que a ti te gusta?

—Sí, tu madre se ha debido de dar cuenta y la habrá comprado esta mañana.

—Si quieres te doy una jarra fría del congelador, si hay cerveza, seguro que habrá jarras frías.

Cogiendo una se la dio.

—¿Cómo sabes que si hay cerveza hay jarras?

—Siempre tenía cervezas y jarras frías para mi padre.

Aquella aseveración no le gustó, no quería acordarse de que Milady había estado casada con el padre de Luis; un ahogo le subía a la garganta al pensar que había sido de otro hombre.

Volieron a su partido hasta que terminó.

—No sé si despertarla, yo tengo hambre ¿y tú?

—Yo también.

—¿Te quieres quedar a cenar con nosotros?

—Por mi encantado, ¿qué te parece si preparamos nosotros la cena y después la llamamos?

—Me parece bien, pero no sé qué habrá para cenar..., poca cosa.

—Podemos pedir unas *pizzas*.

—A eso siempre me apunto, me encantan; nosotros cenamos muchas noches cuando mamá está cansada y no tiene ganas de hacer la cena.

Luis se encargó de llamar y pedir las que le apetecían; después, en la cocina, prepararon embutido y queso; Miguel, con los ingredientes que había, hizo unas tortillas.

—Oye, qué bien se te da cocinar.

—Siempre he vivido solo y algo he tenido que aprender.

Pusieron la mesa en el cuarto de estar, que era donde comían; Luis, diligente, sacó la mesa pequeña con las bebidas y la fruta: todo bien dispuesto.

—Hay que procurar hacerlo bien, sabes Miguel, porque mi madre come con la vista y como come tan poco...

—Procuraremos que no falte de nada... de lo que hay —contestó riéndose.

Entre los dos había una franca camaradería. Luis era un encanto de chico, bien educado y amable; le gustaba que Miguel le tratase como a un igual, ya que su madre le tenía super protegido.

A su vez Miguel le trataba como si no fuese el hijo de Milady. Tenía poca costumbre de tratar con chicos o niños, así que decidió que le hablaría como lo haría con un amigo o compañero de trabajo para evitarse complicaciones.

Cuando estuvo todo dispuesto, Luis la despertó. Ella se disgustó por haberse quedado dormida, le parecía una falta de educación.

—¡Pero hijo! —exclamó enfadada—, ¡cómo me has dejado dormir hasta tan tarde!

—Perdona, mamá; pensé que estarías cansada, como ahora no sueles dormir...

—Qué habrá dicho Miguel, ¡la primera vez que viene a casa para corregir el trabajo y me duermo!

—No te preocupes —contestó Luis con su tranquilidad juvenil—, él también se ha quedado dormido y no estaba en su casa.

Entró en la sala de estar y se sorprendió al ver que habían puesto la mesa, encargado las pizzas, hecho tortillas... Lo que también le sorprendió fue que Miguel diese por hecho que iba a cenar con ellos sin haberle invitado.

Su cara franca lo expresó más claramente que si lo hubiese dicho con palabras.

—Dirás que me he autoinvitado a cenar y no ha sido así, me ha invitado Luis.

Sonrió complacida, desviando la mirada para que no viese la ilusión que le hacía que cenase con ellos.

—Me parece muy bien todo lo que hace Luis. Es mi debilidad.

Cenaron los tres contentos, cada uno por un motivo distinto: Miguel porque estaba cenando en casa de la mujer que amaba y observaba que a su hijo le resultaba simpático; Pilar porque se sentía feliz de ver a Luis junto a Miguel tratándose amistosamente, y Luis porque, aunque decía su madre que era un niño, comprendía que el cambio que empezaba a notar en ella se debía a aquel señor, y todo lo que la contentara, a él le hacía feliz.

Tenía que marcharse al aeropuerto con gran pesar por su parte, llamó un taxi y se despidió de ellos. Le acompañó a la puerta.

—¿Puedes creer que me marcho triste, Milady?

—No tienes por qué, ¿no dices que has pasado un buen fin de semana? Pues ahora a trabajar, que para eso cobramos.

—Sí, pero si me quedara en Madrid podríamos vernos todos los días.

—¿Vernos todos los días? Y entonces ¿cuándo trabajamos?

—Después del trabajo, cuando esté aquí, pienso ir todos los días a buscarte.

—Ni lo sueñes, yo tengo mucho quehacer; aunque viene una señora a ayudarme todos los días, me tengo que ocupar de la casa, atender a mi hijo y trabajar en un libro, un encargo que me han hecho, ¿sabes? —dijo riéndose.

—Me alegra haber encargado el libro a Enrique porque así te he conocido, pero como te va a quitar tiempo para nosotros, buscaremos otra persona para que lo haga.

—¿Y te vas los fines de semana a hacer las correcciones con otra persona y no sales conmigo?

Apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cercándola, aunque sin rozarla, reía distendido.

—¡No tengo alternativa!

—Me temo que no y ahora márchate; a mi hijo le va a extrañar que esté tanto tiempo despidiéndote.

—No te voy a ver en muchos días ¿te puedo dar un beso de despedida?

Le puso la mejilla.

—¿En la mejilla?

—Como buenos amigos.

Le besó y salió corriendo hacia el ascensor, era lo único que podía hacer.

Cuando llegó al día siguiente a la oficina pareció que entraba un soplo de aire fresco, siempre iba arreglada de acuerdo con el trabajo que tenía y ni en los peores días más próximos a su separación había presentado mal aspecto, pero aquella mañana todo el mundo notó que parecía primavera aunque fuese otoño. Venía con Juan riéndose por el pasillo. Dora, que tenía mucha confianza, le preguntó:

—Pilar, ¿te ha tocado la lotería que vienes muy contenta?

—No, ¿por qué?

—No sé, te noto distinta.

Pasó de largo sonriendo, derecha al despacho de Enrique para saludarle. Le recibió con la mejor de las sonrisas.

—No sé si ha sido el destino, los hados o has puesto tú la mano, pero gracias de todo corazón.

—A mí no tienes que agradecerme nada, todo lo que tienes en la vida te lo has ganado tú a pulso.

Se le humedecieron los ojos al recordar el abandono de su marido.

—Por favor, no me hundas en la miseria, acuérdate de Luis.

—No me malinterpretes, sabes que no iba por ahí.

Le dio un beso con todo cariño. Juan presenciaba aquella escena sin saber de qué iba aquella conversación, habían subido juntos y le había encontrado contenta, pero no le había dado mayor importancia y ahora que se fijaba sí que estaba cambiada, le brillaban los ojos y estaba más joven.

—Os recuerdo que existo y soy vuestro socio y amigo, o a la inversa, como prefiráis y, vamos, creo yo que no me merezco estar aquí de convidado de piedra.

Se echaron a reír los dos alegremente.

—¿Te acuerdas que te dije que íbamos a coger un trabajo para pasar un manuscrito de un amigo mío a ordenador?

—Sí y ahora me dices que nos han concedido un trabajo tan grandioso y que por eso lo estamos celebrando.

—No, no, es que a ese amigo mío, parece ser que le ha alcanzado la flecha de Cupido.

—Bueno, bueno, no empecemos –dijo azorada–. No le hagas caso, Juan, que le he conocido el sábado, hemos salido y ya está. Tampoco hay que echar las campanas al vuelo.

—¡Ah, pillina! Te estás enamorando y estás contenta.

—Como sois, es una relación amistosa, nada más –contestó colorada como la grana.

—¿Te pones colorada porque piensas en la relación amistosa o por el reflejo de la blusa verde? –preguntó Juan, guasón.

—Sois imposibles –contestó riéndose.

Trajeron una enorme cesta de flores para Pilar, y Dora la entró casi empujándola.

—Esta selva te la envía *la relación amistosa*.

Aquello era una algarabía la que montaron entre todos: risas, bromas... Pilar no sabía qué hacer. Agradeció el sonido de su teléfono y fue a cogerlo. Era Miguel desde Colonia.

—Buenos días, amor mío.

Volvió a sonrojarse: «menos mal que no me ve nadie» —pensó.

—Buenos días, Miguel.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Qué quieres que te diga?

—Algo más efusivo.

—¡No seas tonto! Siempre estás con bromas, ¿qué tal hiciste el viaje?

—Muy mal.

—¿Qué te ocurrió?

—Que te eché mucho de menos.

—He recibido una cesta inmensa de flores. Muchas gracias.

—Siento no haberlas podido elegir yo. Deje una nota en la floristería.

Aquellas palabras le enfadaron al momento, le estaba tratando como a una de tantas de las que estaba seguro que habían pasado por su vida.

—¿Tienes costumbre de enviarle flores a todas las mujeres con las que sales el fin de semana? —preguntó con voz cortante.

—No te voy a engañar, sí que envío flores a todas las mujeres con las que salgo, pero es en agradecimiento...

—¡Ah! Y a mí no tienes que agradecerme nada, te he dedicado todo mi tiempo y aunque tú no lo creas, vale oro.

—Tú sabes por qué lo digo, y sabes también que te agradezco que me hayas dedicado tu valioso tiempo —contestó con sorna.

—Bueno pues no hace falta que me mandes flores, ni nada; mi tiempo es basura, según tú.

—¿Sabes por qué me gusta esta discusión tan estúpida que estamos manteniendo?

Recibió el silencio al otro lado de la línea.

—Te lo voy a decir, me gusta porque es nuestra primera discusión de enamorados.

Rieron los dos y se despidieron. Ella tenía una reunión y él quería agilizar su trabajo para volver pronto a Madrid y poder verla.

La volvió a llamar al mediodía, y por la noche a casa; hablaba sin parar y Pilar intentaba cortarle porque decía que le iba a costar una fortuna en conferencias.

Al día siguiente volvió a pasar lo mismo, en el despacho todo el mundo estaba pendiente de las llamadas que tenía y se reían de ella diciéndole que le llamaba *la relación amistosa*.

Cuando llamó el miércoles, Dora le informó que estaba en Barcelona viendo a unos clientes; le molestó que no le hubiese dicho nada de su viaje, volvía por la noche a Madrid y quería verla, así que habló con Enrique.

Se le había ocurrido la idea de volver por Barcelona y así recogerla allí por la tarde o mejor aún, si ella quería, quedarse a pasar la noche y le preguntó a su amigo qué le parecía la idea.

—No me parece mal, pero lo de la noche es muy difícil. Pilar se ocupa de Luis y no creo que le quiera dejar aquí en Madrid, pero todo puede ser, parece que está un poco alocada. Lo que sí quiero recomendarte es que tengas paciencia, no cantes victoria antes de tiempo.

—Ya lo sé, todo a su debido tiempo, la verdad es que me gusta mucho y me tengo que frenar para no cometer una locura.

—Pues ve lentamente. Llegarás más lejos.

—Haz el favor de demorar su vuelta para darme a mi tiempo a llegar, ¿no te importa, verdad?

—No, en absoluto, pondré una excusa y le diré que se venga en el vuelo de las veinte horas, ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

Pasó todo el día trabajando con unos clientes, almorzó con ellos y después de comer volvió a retomar la reunión ya que habían quedado asuntos pendientes. De todas formas le había dicho Enrique que esperase hasta media tarde por si tenían que continuar al día siguiente.

Como no le llamó, hacia las siete y media llegó al aeropuerto. Estaba cerrando el vuelo cuando oyó que anunciaban su nombre por megafonía, se dirigió al mostrador que le indicaban.

—Disculpe señorita, soy Pilar Menéndez, me están anunciando por megafonía.

—Tiene usted una llamada en el teléfono nueve —dijo indicándole dónde estaba.

Se dirigió a cogerlo pensando que sería Enrique para darle algún recado de última hora.

—Dime.

—¿Cómo sabes que soy yo? —preguntó con voz acariciadora.

—Pero bueno, ¡cómo me llamas al aeropuerto!

—Tenía ganas de hablar contigo, te echo de menos.

—¡Eres tremendo! Me estás empezando a cansar, pareces mi sombra.

Intentaba aparentar un gran enfado, aunque estaba encantada de que aquel pesado estuviera tan pendiente de ella.

—Milady, estoy en un aeropuerto. ¿Por qué no eres buena, esperas a que llegue a recogerte y nos vamos juntos a Madrid? Puedo hacerlo.

—Estoy empezando a pensar que puedes hacer más cosas de las que yo podría imaginar. Lo siento, no puedo esperarte, mi vuelo sale a las veinte horas y yo me voy en él.

—No me hagas esa faena, por favor; he cambiado el destino y voy a Barcelona directo, llego ahí sobre las nueve y media.

—No, no —contestó lo más enérgicamente que pudo—. No cambies el destino, como mucho quedamos en Barajas pero no vengas aquí, te advierto que me marcho ahora mismo.

—Te quiero. Espérame en El Prat.

Y colgó.

Estaba que trinaba, era insólito, aquel hombre la manejaba a su antojo.

«Que me esperes, dice, y va y cuelga, ¡pero qué se habrá creído!»

Dudaba dando paseos cortos pensando en aquella conversación.

«Es una delicia de persona, ni en los mejores tiempos de nuestro matrimonio Luis se ha comportado tan amorosamente. Es una faena que llegue y se encuentre con que me he marchado. Total es hora y media y Luis está en casa de mi cuñada hasta que pase a recogerle.»

Después pensó que también podía ser un truco y con la excusa de que venía de Colonia, quedarse en Barcelona y ¡zas! Como todos, a la cama.

«No me conoce si cree que soy una conquista, no parece un hombre de esos, pero nunca se sabe.»

Siguió pensando, indecisa sin saber qué hacer.

«Tampoco yo me merezco tanto rollo, me voy a terminar creyendo que soy Kim Bassinger y nada más lejos de la realidad.»

Miguel le observaba de lejos, ya estaba en el aeropuerto y le había llamado desde una cabina contigua. Comprendía que estaba dudando sin saber qué hacer y le daba pena hacerla sufrir, pero sentía curiosidad por saber si se quedaría por propia iniciativa o se iría.

Al final ya no pudo más, le daba lástima en la coyuntura que le había puesto, se acercó por detrás y le tapó los ojos con sus fuertes manos.

Sintió un escalofrío por todo el cuerpo, el calor de sus manos le produjo un cosquilleo agradable que le hacía desfallecer.

—¿Quién soy? —preguntó.

—Dustin Hofmann —contestó alegremente.

Le bajó los brazos a lo largo del cuerpo inmovilizándola y le besó en el cuello.

—No me beses en el cuello, me pone carne de gallina.

—¿Te han besado muchas veces en el cuello? —preguntó con voz ronca.

—Alguna vez, aunque lo parezca no soy Quasimodo.

Reía como una niña, estaban frente a frente, contemplaba amorosa que era el polo opuesto de Dustin Hofmann y que tenía el ceño fruncido, no había sido celoso, pero en lo referente a Milady, le ponía frenético pensar que alguien le hubiese rozado siquiera, aunque comprendiese que no llevaba razón.

—No te rías, que no me hace gracia —insistió con voz grave.

—Pero no seas bobo, no te enfades. Te voy a decir un secreto —le dijo al oído— nunca me habían besado en el cuello en el aeropuerto de El Prat, eres el primero, te doy mi palabra.

Le disipaba los enfados en cuanto le miraba a los ojos, ¡qué ojos tenía!

—Cuando me miras con esos ojos me desarmas.

—Como no tengo otros, el castigo lo llevas en la penitencia, siempre estarás desarmado.

—¿Te parece que vayamos a cerrar el vuelo?

Le hubiera apetecido pasar la noche en Barcelona y llevarla a bailar para tenerla en los brazos, pero no se atrevió ni a nombrárselo. Luis estaba en Madrid y le iba a decir que no, prefería no incomodarla.

Cuando llegaron se encontraron con que Pilar tenía plaza al haberlo cerrado y él no la tenía. Su cara feliz se transformó en desilusión en un instante.

Ante su propio asombro, Pilar se oyó diciendo:

—¿A qué hora podemos volver a Madrid los dos juntos, señorita?

El corazón parecía que le iba a saltar del pecho. ¡Se quedaba con él, era feliz!

—Por la mañana a cualquier hora que quieran.

Como siempre, Miguel dispuso, mirándola por si decía algo en contra.

—A las once. Muchas gracias.

—Vamos a pasar la primera noche mejor de nuestras vidas aquí.

Iban entrelazados mirándose a los ojos, él estaba loco por ella y ella estaba empujando a enloquecer, sin atreverse siquiera a pensar en ello.

—Es imposible, yo ya he pasado mi primera noche mejor.

Se quedó helado, no esperaba una contestación tan matemática. Pero al continuar hablando...

—Fue el seis de octubre, nunca habrá otra mejor que ésta.

De repente dio un respingo separándose de él.

—¡Se me olvidaba! Tengo que llamar a casa de mi cuñada para decir que no voy. Espérame un momento.

Habló primero con Luis y después con Elena. Sabía que su cuñada no le pondría ninguna objeción, al contrario, siempre le animaba para que se divirtiese, pero no quería abusar nunca.

—Luis hijo, soy mamá. Estoy en Barcelona.

—Hola, mamá.

—Hijo, me he encontrado en el aeropuerto con Miguel. ¿Te acuerdas de él?

—Claro mamá, cómo no me voy a acordar, si te llama todos los días –contestó el niño riendo.

—¿Te importa que me quede esta noche aquí y me vaya mañana por la mañana?

—No mamá, diviértete. Se pone la tía.

—Elena perdona, te llamo para pedirte un favor. ¿Se podría quedar Luis a dormir ahí con vosotros?

—Sabes que puedes disponer de mí siempre que quieras. Me molesta que llames para pedirme permiso.

—Me he encontrado con un amigo aquí y me hace ilusión quedarme para salir esta noche.

—Qué novedad, cuéntame, de ese amigo no me habías hablado, ¿qué tal es? ¿Guapo, alto, bajo, moreno, rubio?

—Mañana hablaremos, te dejo. Un beso.

Fueron directamente a un hotel de lujo, dirigiéndose a recepción.

Al entrar en el hotel empezó a asustarse, se daba cuenta que había cometido una locura, estaba entrando en un hotel con Miguel y sólo hacía cuatro días que le conocía.

«¿Pedirá una sola habitación? Dios mío, estoy loca, ¿cómo, después de la experiencia de Raúl, se me ocurre embarcarme en esta aventura?.»

—Miguel, perdona lo que voy a decirte, ¿pero no te parece que este hotel es muy caro?

Aunque el miedo recorría su cuerpo, se obligó a actuar con naturalidad.

—Para ti nada hay caro.

—No estoy conforme, la factura la tenemos que pagar a medias. Y la verdad, no me falta dinero, pero tampoco me sobra.

Su sinceridad afloró como siempre, diciendo lo que pensaba.

—Estando conmigo nunca tienes que pagar nada. Por favor, no me ofendas.

Al llegar a recepción, comprobó aliviada que pedía dos habitaciones contiguas, si podía ser con puerta de comunicación. Respiró tranquila.

—Voy a comprar unas cosas que necesito mientras haces la reserva, ¿te importa?

—No, en absoluto.

—¿Necesitas algo?

—Yo tengo todo en mi bolsa.

Se dio una vuelta mirando escaparates, le apetecía comprarse algo para ponerse por la noche, iba vestida de ejecutiva y le parecía serio para salir.

Siempre le había gustado mucho comprar, pero últimamente había perdido la afición.

Vio un precioso vestido negro, entallado, con tirantes, un poco provocativo, pero se lo compró; para tapar el escote lo acompañó con una chaquetilla corta de abalorios. Para sorprenderle metió el vestido y la chaqueta en el maletín para que no supiera que había comprado ropa.

Le estaba esperando en el vestíbulo, sonrió cuando le vio acercarse, subieron a las habitaciones. El botones abrió las puertas y la de comunicación.

Miguel pasó a la suya por la interior.

—¿A qué hora te parece que salgamos? Voy a reservar una mesa.

—¿Las nueve y media te parece bien?

—La que tú quieras. ¿Te espero en mi habitación o prefieres en el bar?

—Bajaré al bar cuando esté arreglada.

Cerró la puerta detrás de sí. Suspiró pletórica, todo parecía marchar de maravilla. Ahora tenía que ponerse lo más guapa posible. Cuando terminó y se puso el vestido, al mirarse en el espejo se sintió satisfecha.

Estaba apoyado contra la barra vigilando la entrada del bar; al verla se levantó y avanzó hacia ella. Estaba guapísima, llevaba el pelo recogido y un vestido que marcaba perfectamente su cuerpo. Le daban ganas de subirse con ella a la habitación y olvidarse completamente de cena y de baile, sabiendo que no podía ser la tomó del brazo.

—Eres la mujer más bella que esta noche pisa Barcelona —dijo a su oído.

«Es halagador aunque sea mentira, pensó Pilar; pero con resultarle la más bella a él tengo más que suficiente.»

—Me halaga lo que dices aunque no sea verdad. Tú eres mi caballero esta noche, el único que me puede acompañar.

Cuando escuchaba en sus labios llamarse único se encontraba en la gloria, todo lo que fuese que no había nadie más que él para Milady le emocionaba.

—Y este vestido tan bonito, ¿de dónde lo has sacado?

—De una tienda en el hotel. ¿A qué te he sorprendido?

La intentó besar con apasionamiento, pero ella se zafó rápidamente, no le gustaba llamar la atención en público.

Fueron a cenar a un restaurante del centro muy conocido. Al entrar en el salón, algunos hombres la miraron de reojo. Cuando llegó a la mesa, Miguel le quitó la chaqueta y dijo.

—Estás preciosa, pero si te digo que no me gusta que te vea todo el mundo tan escotada, ¿te la pondrás?

—Me he comprado este vestido para lucirlo contigo, no me importa el resto de las miradas y tampoco tiene que importarte a ti.

—Pero me importa.

Puso la cara más tierna que sabía, melosa, arrebatadora.

—¿Acaso eres celoso?

Se sentó sonriendo más con los ojos que con la boca y se le olvidaron todos los escotes; sólo quería mirarla, incrustarla en su retina.

El maitre les trató con deferencia, sin duda, porque debía conocer a Miguel, que siguiendo su costumbre pidió para los dos.

Estaban cenando y pasando una velada muy agradable, cuando se acercó a ellos un hombre, alto, joven, muy bien parecido llamando a Pilar.

Se volvió, era un compañero de una empresa donde habían trabajado. Nada más verle presagió tormenta, a Miguel no le iba a gustar, estaba segura, le parecía un poco celoso. ¿O un mucho?

Se levantó para saludarle, él le plantificó dos besos sobre la marcha.

—No me podía imaginar que eras tú, cuando te he visto entrar he pensado, ¡es Pilar! Estás cambiada, no sé lo que te has hecho, pero no pareces tú.

—Hola, Miguel.

«No lo soporto, pensó molesto, este imbécil la besa, se la come con la vista y encima le llama como a mí.»

Empezaba a sentirse furioso.

—Te he llamado varias veces desde que me enteré de tu separación invitándote a venir y ahora estás en mi tierra y no me llamas para salir, no tienes perdón.

Al ir a presentarlos se dio cuenta de que ni siquiera conocía su apellido, debía de estar trastornada, no cabía la menor duda.

—Disculpa, te voy a presentar a un amigo mío, Miguel —dijo sonriendo— Miguel.

Ninguno de los dos demostró la más mínima cortesía. Se saludaron protocolariamente.

No sabían qué hacer y Pilar menos que ellos, estaban los tres de pie en el comedor, algunas personas les observaban, parecían las columnas de Hércules allí en medio como pasmarotes. Rompió el hielo el otro Miguel.

—Disculpad que os haya interrumpido, por favor seguid con vuestra cena. Pero ésta no te la perdono —le dijo directamente a Pilar—. Me debes una visita tú sola para que te enseñe mi ciudad.

Le volvió a dar dos besos despidiéndose de Miguel con una inclinación de cabeza.

—Te llamaré —le dijo Pilar.

Sabía que Miguel estaba disgustado, había notado por pequeñas cosas que era celoso, o por lo menos se lo había parecido. Cuando se sentaron y le miró a la cara la tenía tormentosa.

—¿Qué te pasa que tienes cara de enfado?

—Me pasa que no me ha gustado la confianza que tienes con ese amigo tuyo. El tío ha ligado contigo delante de mí de una forma descarada.

Le cogió las manos por encima de la mesa intentando abarcárselas. Intento imposible, aunque sus manos eran grandes las de él lo eran más, pero se las acarició según le hablaba.

—No te enfades, le conozco hace muchos años, es un compañero de otra empresa donde trabajábamos nosotros antes de montar la nuestra.

—Sí, claro, y tú con todo el mundo te besas —contestó enfadado—, menos conmigo que el otro día en casa de Enrique, te echaste hacia atrás como si te fuese a matar o fuese un descuartizador.

Se echó a reír.

—No sé qué me ocurrió, yo beso a todo el mundo, en la oficina cuando vienen los clientes a Juan y Enrique les dan la mano y a mí me besa todo el mundo y no le doy la mayor importancia. Pero contigo me turbé, no me pareció correcto y mira... no iba muy desencaminada.

Estaba silencioso, aunque le miraba dulcemente sonriéndole no se le pasaba el enfado.

«Es un poco enfadado, pensó Pilar, claro que algún defecto tenía que tener.»

—Cariño, no te enfades, no te amargues la noche y me la amargues a mí.

Dar explicaciones de su vida a un desconocido le parecía insólito, pero lo estaba haciendo.

—¿Qué te ha molestado de ese hombre? ¿que es guapo? —continuó diciéndole—. No tiene nada más que eso. Yo estoy contigo, no te tiene que importar nada más, cariño.

«Por lo menos me ha llamado cariño dos veces, pensó, esto va mejor.»

—¿Te has fijado que he diferenciado claramente la forma de llamaros a los dos? A mí este chico no me importa. Ha intentado salir conmigo aún estando casada. Conmigo y con todas las chicas de la empresa y, no te creas, lo ha conseguido bastantes veces. Conmigo no ha podido, pero es que yo soy una persona muy fiel a todo, a los amigos, a los libros, a las tiendas y... le era fiel al padre de Luis. Nunca en mi vida ha habido más hombre que él y nunca se me ha pasado ninguno por la cabeza siquiera, ni se me hubiese pasado, ni quería ¡fíjate! Ahora me alegro, pero antes me parecía horroroso pensar en querer a otra persona.

Continuó mientras le acariciaba las manos.

—Este chico es un conocido, cuando me separé le faltó tiempo para llamarme e invitarme a venir con una falta de delicadeza absoluta, la misma que ha tenido ahora.

Miguel empezó a mirarla cálidamente, sentía sus palabras como un bálsamo acariciando su soledad.

—Tú no me conoces, pero yo necesito algo más en un hombre que acostarme una noche y al día siguiente si te he visto no me acuerdo. Necesito querer a la persona con quien estoy o... estar empezando a quererla, sino, no doy un paso, porque para lo otro siempre hay alguien dispuesto; como siempre, hay un roto para un descosido...

Se estaba entusiasmando, hacía cuatro días que le conocía y se felicitaba a sí mismo, cuando le vio entrar en casa de Enrique algo le dijo que iba a ser la mujer de su vida y tenía razón. Aquella mujer era oro puro, sincera y transparente. No entendía cómo su marido podía haberla abandonado, aunque agradeciese al destino que así hubiese sido.

—Tienes los ojos negros más profundos que he mirado en mi vida, Miguel.

Y muy bajo, pero muy bajo, le cantó, casi en un susurro, mirándole enamorada.

Esos ojitos negros, que me enamoran...

esa mirada extraña, que me trastorna...

—No tengo palabras para expresarte lo que siento, Milady —dijo con su profunda voz—. Ahora mismo, si no supiese que no te iba a gustar, te pasaría mi mano por detrás de la nuca, te atraería hacia mí y te daría un beso como no lo he dado en mi vida.

—Y habrás dado muchos —contestó entristecida.

—Ninguno, ninguno como los que te daré a ti, besos que crecen dentro de mi pensados sólo para ti.

—Me los merezco —dijo traviesa— después de la disertación que te he dado, me merezco un beso no, quinientos.

—No los voy a contar porque perdería el tiempo, pero te daré más, seguro.

Siguieron cenando, Pilar pensaba si estaría haciendo bien o si galoparía en esta relación que acababa de empezar y le parecía que existiese de toda la vida.

—¿Estás muy cansada?

—Bastante, me he levantado a las seis de la mañana para coger el primer vuelo.

Plegó los deseos que tenía de ir a bailar para poder tenerla en sus brazos en bien de su amada.

—Si te parece tomamos una copa en el bar del hotel y así descansas más.

—Te voy a hacer una contrapropuesta, que sé que tú no te atreves a hacerme. Tomamos una copa de cava en tu habitación donde podemos estar más cómodos. Quiero que sepas —dijo bajando la mirada—, que es la primera vez en mi vida que hago semejante proposición... la primera vez.

—No me podías proponer nada mejor.

Nerviosa, empezó a dar vueltas a una servilleta, fijó su mirada en un punto lejano, incapaz de mantener aquella mirada oscura que le hacía comportarse como nunca lo había hecho.

—No quiero molestarte... perdóname de antemano si te ofendo, pero... lo que sí quiero pedirte, es que tengas paciencia conmigo...

Sabía por dónde iban sus palabras y su pensamiento como si lo estuviese leyendo.

—Toda la paciencia del mundo, hasta que tú quieras, Milady.

Al llegar al hotel, Pilar abrió primero su habitación y fue a la de Miguel.

—Te espero...

Cuando entró, encontró encima de la cama un precioso camisón negro con bata y zapatillas, que sin duda había colocado alguna camarera, a una indicación de Miguel.

Era un detalle, el conjunto era precioso, pensó en ponérselo para tomar la copa, pero le daba pudor. Al final se decidió, ¡adiós a la vergüenza, ya había sido demasiado comedia durante muchos años!

Sonó el teléfono.

—¿Te ha gustado?

—Es precioso.

—¿Me das permiso para ponerme cómodo?

No quería pensar, si empezaba a darle vueltas a la cabeza iba a decir que no y, además, no iba a pasar.

—Sí —contestó casi inaudiblemente.

Pilar se puso el camisón y se dejó la bata sin abrochar. Como casi todos, era escandaloso, pero le quedaba muy bien. Apagó las luces de la habitación y a tientas fue hacia la interior, no quería contraluces cuando entrara. Le daba apuro. Llamó con los nudillos y al instante se abrió la puerta.

Estaba guapísima. Le había ayudado a comprarlo una azafata que estaba en la tienda y le había parecido un conjunto muy bonito, pero lo que le embellecía era la persona que lo portaba.

Cuando le vio casi desfallece, al verle en pijama con aquel cuerpo atlético y más que atrayente. Dio un paso atrás nerviosa.

Suavemente la atrajo hacia sí y la besó como le había dicho en el restaurante. Era el primer beso apasionado que recibía de aquel hombre, todo su cuerpo reaccionó devolviéndoselo con inocencia y temor, hasta que lentamente, entre sus brazos, olvidó el mundo y perdió todas sus inhibiciones, que eran bastantes.

La quería desde el primer instante que la vio, sin saber cómo ni por qué y Pilar estaba empezando a amarle, como no había amado a nadie.

—Nunca me habían besado así.

Era muy importante para los dos sentir que su relación era la primera importante de sus vidas.

Le pesaban en su interior los quince años que había vivido con el padre de Luis y a Pilar, porque sabía, más bien intuía, que por su vida habrían pasado bastantes mujeres y desde luego, mejores que ella.

Descorchó la botella de cava, chocaron sus copas.

—Brindo porque éste sea el primero de todos los brindis que haremos en nuestra vida.

Chocó su copa con la suya, sin decir nada.

—¿No brindas en voz alta?

—No.

—Te voy a contar un secreto, hay que brindar en voz alta, para que así se entere la otra persona de los deseos que se piden.

Se adentró en sus bellos ojos translúcidos y bellísimos.

—Yo no pido nada. La vida, que para mí es Dios, me ha dado más de lo que me merezco, con la única excepción de la soledad que me produce la falta de mis padres. Tengo un hijo maravilloso y he encontrado el amor, no quiero ofender a Dios.

Estaban de pie en la habitación, un sitio bastante incómodo para casi todo, sólo había para sentarse la cama; delicadamente Miguel la ayudó y se sentaron en el suelo.

Se recostó contra él, encontrando su pecho mullido como una almohada. Las sensaciones que recorrían sus cuerpos no las podían expresar con palabras. Estuvieron hablando, besándose, acariciándose.

Después de un tiempo, Pilar se levantó un poco cohibida.

—¿Te molesta mucho si me retiro a mi habitación?

—No me molestas en absoluto.

—Lo siento, de verdad...

Tenía los ojos brillantes, a punto de llorar, sabía que no podía pasar la noche allí. Eran más fuertes sus principios que sus deseos.

La acompañó, dándole un ligero beso en los labios.

—Cierra la puerta por dentro por favor —le dijo bromeando—, soy fuerte, pero soy un hombre.

Se levantó temprano y la llamó por teléfono.

—¿Cómo se encuentra Milady esta mañana?

—Feliz y hambrienta.

—Me había dicho un pajarito que no comías nada. He sido engañado.

—No, no comía nada, pero ahora devoro y esto es preocupante, antes estaba más bien gordita.

—Aunque engordes un poco a mí no me va a importar, me gustarás de todas formas.

—Eso habrá que verlo, ¿bajamos a desayunar?

—Te espero en la puerta.

Desayunaron opíparamente; Miguel comía mucho y, aún así, estaba delgado; Pilar se atracó de huevos, bollos, zumos, café... todo la entusiasmaba y cogía un poco de cada cosa.

—Tú no engordas y comes bastante.

—No, de todas formas hago mucho deporte.

—¿Qué deportes practicas?

—Juego al tenis, nado, corro... me gustan casi todos los deportes. ¿Tú practicas alguno?

—Sí, hago las camas, meto los platos en el lavavajillas, paseo, trabajo en el ordenador, todo muy activo.

Se echaron a reír, estaban compenetrados, hablaban como si hubiesen desayunado juntos toda la vida.

En el avión, camino ya de Madrid, continuaron hablando y riendo, les faltaba tiempo y se quitaban la palabra, cuando no se quedaban mirándose tiernamente en silencio.

—¿A qué hora tienes la reunión en tu oficina?

—A las tres de la tarde.

—Entonces tenemos tiempo de comer juntos, ¿te parece?

—Yo creo que ya hemos estado juntos mucho tiempo, ¿no crees?

—A mí, no.

—Bueno, comeremos juntos —dijo intentando decirlo seriamente—, pero yo tengo que llegar a la reunión.

—De acuerdo.

—¿Estás seguro de lo que dices? Yo tengo mucho que hacer.

—Sí, estoy seguro —contestó sonriendo pillamente.

Al llegar se dirigieron directamente al aparcamiento y Miguel sin darse cuenta a su coche. No le gustaba tener que esperar un taxi y se lo había llevado un empleado de su estudio.

Lo abrió, era un nuevo modelo deportivo muy potente, le gustaban mucho los coches y la velocidad y estaba encantado con aquella adquisición.

Pilar se asombró.

—¿Y cómo tienes un coche aparcado aquí si el otro día viniste en un taxi?

No se había dado cuenta y ahora tenía que arreglarlo como pudiese.

—Es de mi jefe —dijo mintiendo—, lo ha dejado aquí y me ha dicho que lo recoja yo.

No comentó nada, se metió dentro como pudo, era un coche demasiado bajo y había que maniobrar para que la falda no fuese por un lado y las piernas por otro.

—¿Qué te parece? —estaba orgulloso de su coche y quería saber si le gustaba tanto como a él.

—El qué.

—El coche, qué va a ser.

Iban circulando camino del restaurante.

—Bien, qué quieres que me parezca un coche.

—No me negarás que es precioso.

—Lo puedo negar, parece que vaya sentada en el suelo y me parece incómodo. Un coche son cuatro ruedas y un volante.

Su orgullo estaba saliendo malparado, creía que se iba a deslumbrar al ver semejante bólido y no le hacía gracia que no lo admirara.

—No me irás a decir que te parece mejor tu enano, ¿no?

Le miró sorprendida con sus grandes ojos azules y él como siempre se quedó prendido en ellos.

—Mira al frente, por favor, que nos vamos a dar un golpe.

Sonrió.

—Y digo yo, a nosotros qué nos importa este coche para que tengamos que discutir tontamente por él.

—Tienes toda la razón del mundo, Milady.

Después de comer, la llevó a su oficina apoyándose en la puerta del coche despidiéndola.

—No puedo venir a buscarte a la tarde, tengo trabajo. Hasta la noche.

—¡Cómo que hasta la noche! —dijo alterada—. Esta noche no nos podemos ver.

—Tengo que ir a revisar el libro, si no, no avanzas.

—Miguel, de verdad te lo digo: no puedo verte todos los días, lo siento mucho.

—Milady —dijo imitando su tono— yo no puedo estar sin verte todos los días, lo siento más que tú.

—Bien, por esta noche pase. ¿A qué hora vas a venir?

—Tengo mucho trabajo atrasado en el estudio. ¿A las nueve?

—A las nueve en mi casa se cena.

—¡Ah! ¿Pero no pensabas invitarme a cenar?

Se echó a reír, no se lo podía quitar de encima.

—No me atrevía a pedírtelo.

Le cogió de la mano, le impulsó el brazo hacia atrás y le atrajo hacia sí, besándola.

—Te quiero.

Colorada como la grana, Pilar salió corriendo hacia el portal.

Miguel miró hacia arriba donde estaban asomados Enrique, Juan y Dora y les hizo un signo de victoria.

Cuando les vio apoyados en la ventana y comprendió que habían estado espionando les regañó.

—No tenéis vergüenza, en vez de trabajar os dedicáis a espiar a la gente.

Enrique se atrevió a decir:

—¿Besa bien la *relación amistosa*?

Le cogió con sus manos el cuello simulando que le ahogaba.

Pasó la tarde en ascuas pensando que volvería a verle por la noche. Recogió a Luis en el colegio y le preguntó si no le importaba que Miguel cenase en casa.

—A mí no me importa, mamá; el otro día me pareció agradable y si te gusta a ti, pues a mí me encanta.

—Gracias hijo, eres un cielo.

Estaba muy nerviosa tenía que preparar algo de cena decente, era la primera vez que cenaba en su casa en plan formal y no sabía ni qué poner, ni qué ponerse.

Al momento de llegar apareció su cuñada.

—Elena por favor, ¡cómo te presentas sin avisarme! Te advierto que tengo mucho quehacer.

—Porque si no vengo a verte no te veo nunca, hemos pasado de estar todo el día juntas a hablarnos solamente por teléfono y quiero que me cuentes algo del señor con el que sales.

—No salgo con nadie, Elena; es un amigo de Enrique a quien estoy pasando un libro de arquitectura y viene a casa para corregirlo.

Mientras hablaba iba preparando la cena con los ingredientes que le había encargado a la señora que tenía por las mañanas. Quería tenerlo todo dispuesto para no tener que meterse en la cocina cuando llegase.

—¿Pretendes hacerme creer que has quedado con un amigo de Enrique al que le estás haciendo un trabajo? No te lo crees ni tú.

—Es que tuvo un detalle tan bonito de ir a recogerme para que no viniese sola —su mirada se tornó soñadora al recordarlo—, que al no tener vuelo de vuelta me vi en la obligación de quedarme —terminó más concisamente.

—¡No me digas que fue a recogerte a Barcelona!

—Sí, desde Colonia; venía a Madrid directamente y al enterarse que estaba allí... fue a recogerme.

—¡Qué suerte! Como en las películas, debe estar colado por tus huesos.

—Me extrañaría, es una persona amable nada más.

—Dice Luis que te llama todas las noches por teléfono.

—Sí, es verdad, pero es para comentar aspectos del libro —mintió.

Estaban en el dormitorio de Pilar y no paraba de dar vueltas a toda la ropa que tenía para ver qué se ponía sin decidirse por nada.

—Me das envidia, Pilar, no lo puedo remediar, no le des tantas vueltas a la ropa, ponte lo que quieras que te sienta bien todo.

Se echaron a reír, su cuñada le tenía algo de pelusa y lo reconocía abiertamente.

—¿Me dejas que me quede y así lo conozco?

—De ninguna manera, ya estás zumbando para tu casa para atender a tus niños.

Se despidieron con un beso, como buenas amigas. El divorcio de ellos no había afectado para nada sus relaciones. Habían procurado siempre estar por encima de acontecimientos que no les incumbían directamente y conseguido mano a mano salvar su amistad que valoraban más que los lazos familiares que les habían unido.

A la hora prevista llegó Miguel llevándole un ramo de flores. Le saludó con un beso en la mejilla, había decidido diferenciar su trato en la casa del que tenían fuera para

no hacerle pasar apuros, sabía que era mejor para los dos y que Milady se lo agradecía.

—Hola, Luis.

Por primera vez entraba en su casa estando dentro el chico. Sonriendo, le saludó chocando las manos como si estuviesen en una cancha de baloncesto, y el muchacho agradeció la llegada cordial de aquel señor que parecía que le conocía de toda la vida.

Le entregó un regalo.

—Me he permitido traerte un pequeño obsequio de Colonia.

El muchacho lo desenvolvió ilusionado.

—¡Qué bien mamá! Mira es una brújula, es preciosa. Muchas gracias.

—No tienes por qué traerle ningún regalo a Luis.

—Ya lo sé, nadie me ha obligado; la vi en un escaparate y me gustó, siempre quise tener una brújula de niño y nadie me la compró.

—No le malcrías, por favor.

—Yo no malcrío a nadie. ¿Trabajamos o cenamos? —preguntó cambiando de conversación.

—Cenamos.

Los dos pusieron la mesa y compinchándose con el niño metió dentro de la servilleta de Milady una caja pequeña con un regalo que le había traído.

Estaban pendientes de cuando desenvolviera la servilleta, pero entretenidos en tomar un aperitivo no la abría, Luis intrigado le dijo:

—Ten cuidado para no mancharte, mamá, ¿porqué no abres la servilleta?

Puso cara de que adivinaba algo y sonriendo lo hizo con mucho cuidado. Dentro había una cadena con un corazón que llevaba su nombre grabado.

—Muchas gracias, Miguel...

Le impidió hablar, sonriendo.

—No tienes que traerme nada. ¿Me dejas que te la ponga al cuello?

—Claro, cómo no.

El simple roce de sus manos contra la piel la electrizó, ¡cómo le estaba calando aquel hombre tan dentro y en tan poco tiempo!

«Si me dicen hace una semana que me va a poner al cuello un corazón con su nombre un desconocido, me da un ataque de risa.»

Pasaron una velada deliciosa. Luis no cesaba de hacerle preguntas sobre los lugares que conocía y sobre arquitectura, estaba ayudando a su madre a pasar el libro y le entusiasmaba.

—¿Sabes ya qué carrera vas a estudiar, Luis?

—Sí, voy a hacer derecho, como mi padre.

—¿Te gusta?

—Pues no lo sé, creo que sí.

—Todavía tienes tiempo, es conveniente que lo medites; la carrera que se estudia es tu profesión para toda la vida y una decisión tuya solamente, como ya supongo que te habrán dicho tus padres.

—Sí me lo dicen, pero papá dice que es más interesante que haga derecho porque como él tiene un bufete, ya tengo medio camino andado.

Pilar no comentaba nada en ese tema y Miguel optó por callarse. Cuando el niño se acostó se pusieron a trabajar en el libro.

Le encantaba que estuviera pendiente de sus deseos: en la cena había la cerveza negra, que él tomaba, y cuando se sentaron a trabajar le sirvió café y whisky, como le gustaba.

Había mucho trabajo atrasado, palabras que no entendía y dejaba en blanco, avanzaba bastante, si podían tenían que tenerlo preparado para primeros de año y quedaba mucho por delante.

Fumaba mucho y en un momento de la noche se le terminó el tabaco.

—Voy a bajar al bar a comprar tabaco, se me ha terminado y sin cigarros no puedo estar.

Se levantó, cogió de un cajón una cajetilla y con una amplia sonrisa se la dio.

—Como sé que eres un enfadado, quiero que sepas que sólo he comprado tabaco a dos personas en mi vida.

—Te quiero, no sé expresarme de mejor manera; me gustaría decírtelo más románticamente, expresarme con palabras que me vienen a la cabeza y, sin embargo, no sé hacerlo.

—No tiene ninguna importancia.

—Este detalle de estar pendiente de las cosas más insignificantes que me gustan, no te puedes imaginar lo que significa para mí. La de veces que a altas horas de la noche he tenido que bajar a buscar tabaco a un bar.

Encendió el cigarrillo, aspirando profundamente el humo.

—Es el mejor cigarrillo que he fumado en mi vida.

—Exagerado —dijo haciéndole una carantoña.

Trabajaron hasta altas horas de la noche. Se marchó entristecido.

—¿A qué hora nos vemos mañana?

—A ninguna, tengo que trabajar en el libro y si vienes no hago nada.

—Dichoso libro, en la hora que te lo di.

—¿Qué?

—Bendito libro –dijo rápidamente–. ¿Comemos juntos? Comer tienes que hacerlo y no puedo estar sin verte todo el día.

—Comemos –contestó resignada y complacida.

Durante la comida organizaron salir el fin de semana con Luis a donde él quisiera. Les fue a recoger a la puerta, cuando Luis vio el coche se quedó atónito.

—Guau, Miguel; ¡qué coche!, ¿es tuyo?

—No es de mi jefe, ¿a qué es bonito?

—¿Bonito? Es precioso, podías ir a buscarme algún día al colegio para que lo viesen mis compañeros

La mirada que Pilar echó a su hijo fue taladrante.

—Es una broma.

—Vaya consignas que te lanza tu madre, ¿eh?. No le hagas caso, cualquier día de estos, si te apetece, te voy a buscar.

—Muy bien, aplausos; tú quítame autoridad delante del niño.

Ellos se rieron, se confabulaban contra Pilar como dos compañeros de juegos.

—A tu madre no le gusta el coche, ¿qué te parece?

—Que no entiende, está tan contenta con su enano, ¡imagínate!

Pasaron un buen fin de semana, se comportaban como una familia: visitaban monumentos –de los que Miguel daba todo tipo de explicaciones por sus conocimientos–, lugares muy agradables, comían bien y por la noche, cuando Luis se costaba, bajaban a los salones del hotel como dos enamorados.

El tiempo fue transcurriendo mientras su amor se iba afianzando. Trabajaban en el libro los tres y aquello les unía mucho; alguna vez, cuando estaba fuera, venía a hacer correcciones Carlos, su socio e íntimo amigo, una persona muy agradable que estaba encantado con la relación que tenía con Pilar y con su hijo.

Se veían todos los días a la hora que fuese, y si estaba fuera le llamaba constantemente. Todos los lunes le enviaba una cesta de flores a la oficina, que poco a poco se convirtió en un pequeño ramo que era más del agrado de Pilar, y siempre que venía de fuera les traía algún detalle a los dos.

Pilar le regañaba siempre diciéndole que tiraba el dinero, comprendía que por su profesión debía ganar bastante, pero le parecía excesivo lo que gastaba.

Los fines de semana que Luis estaba en casa lo pasaban siempre fuera de Madrid, los tres juntos, y los que se iba con su padre salían a cenar fuera y a bailar, eran los momentos más íntimos que tenían y los que los dos adoraban.

También iban mucho a casa de Elisa y Enrique. Miguel había desbancado a Pilar del lugar de honor, ya que siempre le traía al niño regalos del extranjero y como decía ella: «te quiere por el interés».

Con los que apenas tenía relación era con la familia de Luis, intentaba ver a su cuñada alguna vez, pero le era imposible por falta de tiempo y ella se enfadaba.

—Compréndeme, Elena, sigo como siempre, con mi trabajo y mis ocupaciones normales, y no sé si te lo podrás creer, pero veo todos los días a Miguel si está en Madrid y cuando no está, tengo que aprovechar para hacer todas las cosas que dejo pendientes.

—Sí, pero compréndeme también tú a mí; la última vez que te vi fue cuando fui a tu casa a primeros de octubre y estamos en diciembre; no tienes vergüenza, tus sobrinos no te van a conocer.

—Tienes razón, prometo ir a vuestra casa pronto.

—Es tanto como decir que no vas a venir. ¿Por qué no vienes con él? A nosotros no nos importa.

—Pero a mí, sí. Luis vive al lado de tu casa y no quiero que nos encontremos bajo ningún concepto. Te iré a ver, prometido.